



Gloriosa Recoleta

Bodas de Oro - Promoción 1965

MANUEL TAMAYO PINTO-BAZURCO

MANUEL TAMAYO PINTO-BAZURCO

GLORIOSA RECOLETA

**Recuerdo de los años de infancia al celebrarse las
Bodas de Oro
de la promoción 1965**

Lima, julio 2015

c) Manuel Tamayo.

Gloriosa Recoleta.

Primera edición: 500 ejemplares.

Imprenta: Editorial Palabra E.I.R.L.

editorialpalabra@hotmail.com

Telf. 074 - 207100 - RPM: #979900068

Santos Dumont N° 136 - Urb. Muro (costado C.C. Real Plaza) - Chiclayo - Perú
Chiclayo, julio 2015.

Imprimatur: Mons. Robert Francis Prevost, O.S.A., Obispo de Chiclayo.

ÍNDICE

Prólogo	7
Presentación	11
Introducción	15
Promoción 1965	21
1957 -1959	47
Los Gloriosos Años 60	67
1961	79
1962	89
1963	101
1964	111
1965	123
Después	131
Epílogo	137

PRÓLOGO

He leído con verdadero interés y afecto *Gloriosa Recoleta*, que escribe el Padre Manuel Tamayo Pinto-Bazurco con ocasión de celebrarse las Bodas de Oro de la Promoción 1965, a la cual él pertenece. No obstante los largos años de distancia, este texto revive recuerdos y matices múltiples del cotidiano desarrollo de la carrera escolar. Considerando que yo también soy un exalumno recoletano, debo decir que este libro ha despertado en mí emociones y memorias entrañables.

Tal vez una primera memoria, que comprende tantos años de vida, podría expresarse en una palabra con muy variado contenido: gratitud. En el ejercicio de recuerdos que este libro supone, se percibe a cada paso el agradecimiento a los sacerdotes de la congregación de los Sagrados Corazones: hombres con larga experiencia en la formación de la juventud, que dedicaron su vida a la tarea múltiple de ser maestros. A ellos, por la perseverancia en el ejercicio docente, por su ejemplo de vida, por el consejo oportuno, les debemos, los recoletanos viejos y los recién egresados, un agradecimiento que se enriquece en el transcurso del tiempo.

Considero que este libro de memorias de Manuel Tamayo es también importante teniendo en cuenta el contexto de nuestro país. En efecto, en el Perú no son frecuentes los libros de memorias. Quizá esto se deba al carácter reservado o a la discreción que se nos atribuye a los peruanos. Lo cierto es que

en otras latitudes son mucho más frecuentes las “memorias” que se publican, de parte de personajes públicos y también de personas privadas. Por esta razón y por muchas otras, el libro de Manuel Tamayo encierra un contenido humano simpático y múltiple, que atiende lo cotidiano simple y el suceso de mayor significación.

No obstante la larga distancia cronológica que separa a mi promoción –egresada en 1938- de la de Manuel Tamayo, compartimos la misma evocación del ambiente urbano del colegio, en el centro de Lima, en el cual la promoción 1965 estudió la Primaria, ya que luego se trasladaron al local de Monterrico. Con la fachada principal en la avenida Uruguay, la mayoría de actividades se desarrollaba en torno a un patio muy amplio, y en aulas que reunían las condiciones apropiadas para el estudio. Motivo de curiosidad, de bromas y de aventuras era el túnel que unía el colegio con el convento y la iglesia de la Recoleta. Era una suerte de personaje silencioso que formaba parte de la rutina escolar. Asimismo, en mis tiempos las noticias del colegio de la Recoleta de Barranco formaban parte de una suerte de memoria común.

No obstante los años transcurridos, no olvido a los maestros que allí tuvimos, y que no solo transmitían instrucción, sino que educaban con el consejo y el ejemplo. Entre ellos, quisiera destacar algunos nombres: el padre Jorge Dintilhac, fundador de la Universidad Católica, perseverante en la docencia, y que no olvidaba el ideal cotidiano de la educación; el padre Armel, excelente expositor –homónimo del otro padre Armel que enseñó a la promoción 1965- que nos enseñaba Historia Universal en cuarto de media, y nos transmitía su admiración por Napoleón; el padre Lázaro Rouy, que se caracterizaba por su cordialidad y cercanía con las familias de todos nosotros, y era maestro muy dedicado; el padre Plácido Ayala, español, a quien le teníamos espacial gratitud, porque además de sus actividades

docentes se acercaba a los alumnos a través de la conversación y del consejo. Este podría ser un panorama de los docentes del colegio de mi tiempo, a los cuales se unían algunos profesores laicos que encarnaban el mismo espíritu.

El ambiente escolar que vivió Manuel Tamayo junto con sus compañeros de promoción fue, obviamente, distinto en muchos aspectos del tiempo que vivimos los que formamos parte de la remota promoción de 1938. Sin embargo, algunas notas del ambiente nos unen en el recuerdo: la preocupación por la enseñanza de la lengua francesa; la participación en la vida cotidiana de la parroquia de la Recoleta; el interés que suscitaba el “Boletín Escolar Recoletano”; la brigada de Boy Scouts, a la que yo pertencí en la patrulla de los Cóndores, y cuyo guía fue Ricardo Roca Rey; la memoria de las promociones que en las postrimerías del siglo XIX iniciaron las labores del colegio; en suma, es cierta una larga tradición recoletana que une a generaciones distantes en el tiempo.

Ese ambiente estaba también integrado por cosas pequeñas, muchas de las cuales han podido olvidarse, pero que en conjunto daban un sello especial a la vida escolar, que comprendía la mañana y la tarde. Bien recuerda Manuel Tamayo a los vendedores cercanos a la puerta principal del colegio, y que ofrecían golosinas y bebidas. Por mi parte, no olvido el chocolate “Sublime”, que se vendía a veinte centavos, ni tampoco los caramelos con relleno de fresas que buscábamos con gran interés.

En los años treinta, la parte más importante del centro de la ciudad discurría entre la plaza San Martín y la plaza de Armas, y la cercanía del colegio nos permitía conocer o participar en diversos actos públicos. Recuerdo la manifestación que se organizó en 1936, cuando regresaron de las Olimpiadas de Berlín los futbolistas peruanos que vencieron al equipo de Austria, en competencia que fue anulada; recuerdo, asimismo, el desfile

militar por Fiestas Patrias que se realizaba entre la plaza de Armas y la plaza San Martín, y que congregaba a una presencia multitudinaria en el Jirón de la Unión. En suma, podría decirse que el colegio de la Recoleta se hallaba muy unido a la vida de la ciudad. No olvido, por otro lado, la librería Rosay en la calle de La Merced, que muchos alumnos del colegio frecuentábamos.

Si orientamos nuestra mirada a los cursos de Historia del Perú, la situación era muy distinta a la de nuestros días. Se ofrecía una visión integral de la vida peruana, a partir de los textos escolares escritos por Carlos Wiesse. En el primer año de Secundaria se estudiaba el tiempo prehispánico; en el segundo, la Conquista y el Virreinato; en el tercero, la Emancipación; en el cuarto, la República; y en el quinto, se estudiaba la Historia de la Cultura Peruana. Todo ello le permitía al alumno formarse una imagen integral de la formación y de la vida del Perú.

En definitiva, la lectura de este libro ha revivido en mí muchos recuerdos entrañables sobre mi vida escolar, y me ha hecho renovar la deuda de gratitud de tantas promociones recoletanas con la labor de nuestros maestros. Felicito a Manuel Tamayo por haber tenido la iniciativa de compartir sus testimonios.

José Agustín de la Puente Candamo

PRESENTACIÓN

Para mí es un honor presentar este libro: “Gloriosa Recoleta” del P. Manuel Tamayo, con ocasión de las Bodas de Oro de la Promoción 1965, de la que fui Jefe de división en los años 1957, 1958 y 1959.

Me alegra mucho poner unas palabras para mis alumnos de La Recoleta que hace 56 años los tuve cuando cursaban 2do, 3ero y 4to de primaria. Los recuerdo mucho a cada uno, *sus rostros, sus ocurrencias, sus travesuras y sus grandes deseos de aprender*. Hasta hoy los tengo en mi mente y en mi corazón.

El recuerdo de verlos a ellos en las aulas, corretear por el patio u oírlos cantar con entusiasmo, *en las clases de canto y en los paseos, aumenta mi alegría de vivir; y cuando me comunico con ellos, porque participo de sus conversaciones a través del correo electrónico*, me hacen comprobar que tengo muy buenos amigos. Es para mí, y pienso que para cualquier educador, una satisfacción muy grande, ver que tus alumnos te escriben y te llaman con relativa frecuencia. Han pasado años, pero ellos siguen allí con un cariño incondicional que me llena de alegría.

En este libro que me pasa Manuel, noto también ese espíritu de solidaridad que hay en la promoción, unido a un reconocimiento y agradecimiento a los maestros de la infancia. Recordar es revivir y también agradecer.

Mis alumnos de la promoción 65, cuando estaban en primaria no eran “perfectos” ni “santitos”, pero brillaba en sus ojos, *con la llama de la inocencia*, el afecto puro de unos niños que valoraban lo que sus profesores transmitían, *no solo los conocimientos de las materias escolares*, sino el afecto paternal, que es la delicadeza y el cuidado para que sean buenas personas. Por eso se dice que el colegio es el complemento de la casa.

Cuando Jesucristo pide: ***“dejad que los niños vengan a mí”*** es porque quería transmitirles a los niños pequeños las riquezas que tenía en su corazón y los niños acudían felices. Guardando las distancias, algo de eso experimenté con mis alumnos. Notaba que se acercaban llenos de entusiasmo y alegría; y yo, en medio de mis limitaciones, procuraba darles lo mejor de mí, tratando de ser como Cristo. La verdad es que la pasaba muy bien con ellos. Es más, aprendí mucho. Mis alumnos de la promoción 65 me dieron muchas lecciones. Por algo Jesucristo también dice: ***“si sois como los niños, en la sencillez e inocencia, entraréis en el Reino de los Cielos”***.

Desde 1957 hasta 1959, estuve en los “mundos” infantiles de mis alumnos de primaria, que andaban por los 10 años de edad. Eran “traviesos” como cualquier niño, pero eran al mismo tiempo amigos entrañables. A esas edades no conocían la discriminación, ni la violencia, ni los odios. Todos ellos formaban un cuadro de mucho colorido donde se apreciaba: temperamentos distintos pero con una unidad armónica, donde existía el respeto de unos por otros y una estima que con los años ha ido creciendo y que ahora se nota a través de las comunicaciones. No es solo el hecho de estar comunicados a través de unas redes sino la realidad palpable de un afecto fraternal entre compañeros que se valoran y que quieren a sus maestros.

Hoy, el cuadro se ha enriquecido con vidas que han transitado por distintos derroteros, con diversas circunstancias y modos

de pensar. Una variedad muy interesante. Dentro de ese gran cuadro todos tienen cabida, a todos se les invita, a todos se les quiere como son y todos se encuentran a gusto cuando se vuelven a juntar.

Me alegra que este libro sea también un homenaje al compañero Fernando Viale que falleció el año de las bodas de oro y que fue, por su conducta y talento, ejemplar para todos. Así lo reconocen ellos mismos y se encuentran agradecidos por todo lo que Fernando supo transmitirles los tres últimos años en medio de sus limitaciones.

Mirando la lista de la clase veo que llegan a una docena los que han partido de este mundo. Ahora nos toca mirar hacia esa meta. Antes de que Dios nos llame, tenemos que cumplir muy bien con nuestro papel, como buenos recoletanos. Pienso que yo estoy más cerca que ustedes y les pido oraciones para que pueda encontrarme con Dios cuando me llame.

Mis alumnos siempre me han dado ánimos y alegrías. Yo les estoy muy agradecido. Me alegra también el título que Manuel le ha puesto a este libro: “Gloriosa Recoleta”

Cuando escucho hablar a mis alumnos o leo sus escritos veo en el fondo un espíritu recoletano, que es la conciencia de vivir para servir. Es lo que nos transmitieron en nuestra formación los padres de los Sagrados Corazones. Siempre repetíamos al terminar las clases: ***“alabados sean los Sagrados Corazones de Jesús y de María.... Por todos los siglos de los siglos. Amén”*** Ambos corazones nos enseñan a querer.

No me queda sino formular el deseo de ver a todos mis alumnos de la promoción 65 unidos por el vínculo de una profunda y sincera amistad, que esta unión sea ejemplo para otras promociones. Deseo que sus familias estén unidas, que todos se quieran y se sepan perdonar cuando hay algo que los separa.

Les pido a todos oraciones para que sepamos construir un mundo mejor. Que los religiosos y sacerdotes estemos unidos, que la Iglesia fortalezca su unidad, que se cumpla lo que Jesucristo predicó: ***“Que todos sean uno como mi Padre y yo somos uno”***.

¡Feliz Bodas de Oro! Promoción 65, ¡Muchas felicidades a todos! Juntos podremos construir la nueva civilización del amor, como decía San Juan Pablo II.

Con gratitud y cariño los bendigo a cada uno de ustedes y a sus familias.

P. Enrique Olier, SSCC

INTRODUCCIÓN

Tienes en tus manos, querido lector, un pequeño librito de algunos recuerdos míos, *entrañables por cierto*, con mis compañeros del colegio, en nuestras épocas de infancia y los inicios de la adolescencia.

Lo que vas a encontrar en las páginas siguientes sucedió entre los años 1956 y 1965 en las aulas y en los patios de nuestro querido colegio: Sagrados Corazones Recoleta.

No es una obra literaria ni tampoco un libro histórico. Son solo pinceladas de algunas vivencias compartidas en esos años maravillosos que unen a las personas para siempre, marcándolas con una impronta de pertenencia, *que podría estar escondida en el fondo*, pero que cuando surge, aparece como un afán de querer estar juntos otra vez, porque somos compañeros recoletanos.

Es una suerte de *regresión* hacia valores conquistados durante la infancia con una acción de gracias que va *in crescendo* conforme pasan los años, con el deseo de dejar, a los que vengan después, un testimonio que valga la pena.

A los de la promoción 1965 del Colegio de La Recoleta no nos cabe la menor duda de haber sido privilegiados al recibir una educación de calidad, en la familia y en el colegio.

La época que nos tocó vivir fue muy interesante porque, *en la historia de nuestro país y del mundo*, se dieron unos cambios significativos en la vida y en las costumbres de toda la humanidad. Fueron los años de la post guerra con progresos notables en la reconstrucción de ciudades y la invención de nuevas tecnologías: *automóviles de diversas marcas y tamaños, aviones supersónicos, desarrollo industrial, etc.*

Son los gloriosos años 60 los que marcan nuestras etapas escolares en primaria y en media. Hasta los 60 estuvimos en primaria en el colegio de la av. Uruguay y plaza Francia, en el centro de Lima, y a partir del 61 nos cambiamos al local de Monterrico para empezar primero de media.

Siendo nosotros escolares aparece la *televisión, el radio transistor, el plástico*, los primeros astronautas que salen al espacio, se celebra en Roma el Concilio Vaticano II y se expanden por el mundo las revoluciones motivadas por las ideologías en boga. También fueron los años de conjuntos musicales y cantantes famosos como los *Beatles* y las super producciones del cine con películas que marcaron historia. Unos años emblemáticos que no podremos olvidar.

No es mi propósito que este *librito* se extienda a esos acontecimientos históricos, tratará más bien de recordar, *dentro de esos años significativos para la humanidad*, lo que vivimos en La Recoleta, siendo primero niños y después adolescentes, bajo la atenta mirada de nuestros padres y profesores que se preocuparon de nuestra formación.

Quisiera empezar agradeciendo a Dios, a mis padres y a mis maestros de La Recoleta, a quienes recuerdo con bastante cariño, por todo el empeño que pusieron para que seamos buenas personas.

El colegio ha sido para mí, *y pienso que también para mis compañeros de promoción*, un cimiento sólido para la

construcción de nuestras vidas. Lo que pusieron nuestros padres y profesores está motivando en nosotros un deseo grande de buscarnos para estar unidos y recordar siempre lo que vivimos juntos. Creemos que vale la pena contar nuestras experiencias a los demás y sobre todo a los que vienen después, a los hijos, y a las siguientes generaciones de recoletanos.

Existe entre nosotros, y ha crecido con los años, un espíritu que refuerza la amistad por el solo hecho de haber sido compañeros de colegio. El buen orgullo de ser recoletanos amaina y elimina nuestras lógicas diferencias en una promoción que es además bastante variada en opiniones y en circunstancias de vida.

En nuestra andadura, *a través de los años*, nos hemos reunido con frecuencia buscando siempre aumentar el número de los participantes. Entendemos que es muy difícil convocar en un mismo día, a todos los integrantes de la clase. Sin desanimarnos por las ausencias hemos echado cables, *con algunos*, para decirles que estamos siempre cercanos y que les guardamos un gran afecto, sea cual sea la situación en que se encuentren. *Auguramos* más reapariciones de los compañeros que estuvieron con nosotros, incluso de aquellos que estuvieron muy poco tiempo en nuestras aulas. Grandes alegrías nos hemos llevado cuando reaparece alguno que no veíamos en muchos años.

Ahora, *con la oportunidad de las bodas de oro*, reiteramos nuestra invitación para reforzar la unidad de la promoción, que es unidad de corazones, de corazones recoletanos: *entre nosotros, con el colegio, en nuestras familias y con toda la sociedad.*

Hoy es importante subrayar la importancia de la unidad entre los seres humanos. Vivimos unos tiempos difíciles de peleas, rivalidades, resentimientos y divisiones. La unidad se consigue con el perdón y con el aumento del afecto y la estima por el prójimo y se pierde cuando no se está dispuesto a perdonar y cuando se vive al margen de los demás, sumergidos

en una individualidad egoísta, donde reina la indiferencia y el desinterés por los otros.

En el colegio hemos vivido unidos. Nuestros maestros nos han enseñado, con unos códigos de moral y de buena doctrina, cuáles deben ser los parámetros donde debemos movernos. El lema “*Dios, Patria, Cultura y Hogar*” ha sido el derrotero por donde nos han conducido los padres de los Sagrados Corazones con la ayuda de los maestros.

La celebración de los 50 años debería traducirse en el deseo de estar más unidos todos los de la promoción, para luchar en el fortalecimiento de los valores que recibimos del colegio y así poder brindar a la sociedad el testimonio de una vida coherente donde reina la paz y la alegría.

Los Padres de los Sagrados Corazones inculcaron en nosotros un espíritu cristiano de solidaridad y liderazgo. A través de los “Corazones Valientes” y de los “Boys Scouts” nos alcanzaron unas herramientas para formarnos en los valores cívicos y proyectarnos a tener iniciativas de ayuda a los demás.

Hemos visto también en nuestros formadores estar a la vanguardia en los valores que nos transmitieron, con muchas iniciativas de promoción social que el colegio realizaba en lugares marginales como *Chocas, Puente Piedra, Comas, Reynoso y la Prelatura de Ayaviri*.

También encontramos excelentes testimonios de exalumnos que han sido notables en su vida social y profesional.

Se puede decir que La Recoleta ha dejado un legado importante para los peruanos con la presencia de los padres de los Sagrados Corazones, *la mayoría franceses*, que dieron su vida para que nosotros tuviéramos una educación cristiana y con el testimonio de exalumnos que supieron corresponder con creces a la formación recibida.

En las siguientes páginas nos encontraremos con algunos nombres de padres y profesores que estuvieron con nosotros en las diversas circunstancias de nuestro mundo escolar y que recordamos con mucho cariño.

También es importante decir que el colegio no es solo el recuerdo de un ambiente de compañerismo infantil, ha sido también la herramienta que encontraron nuestros padres para formarnos como buenas personas, buenos profesionales y buenos cristianos. Cada uno de nosotros podrá ver en su propia vida los resultados de esa enseñanza y formación. Siempre estamos a tiempo para redescubrir, agradecer y corresponder a los valores recibidos.

El 2015 son nuestras bodas de oro y el año de la familia. Coincide nuestra celebración de octubre (almuerzo de los exalumnos) con el sínodo que tendrá lugar en el Vaticano sobre la familia.

Nos unimos a las oraciones del Santo Padre y de la Iglesia para la unión de los matrimonios y de la familia. Desde nuestro sitio reforzamos nuestro eslabón para estar fuertemente unidos todos los integrantes de nuestra promoción y sus familias, también pedimos por nuestros padres y por los compañeros que han dejado este mundo, para que el Señor los tenga en su gloria.

Hemos tenido en privilegio de ser queridos, ahora nos toca pagar con amor el amor recibido.

Agradezco las palabras de presentación de nuestro querido P. Enrique Olier, escritas con tanto cariño en este libro y el prólogo del ilustre y prestigioso historiador José Agustín De la Puente y Candamo, exalumno recoletano que ha tenido la gentileza de aceptar mi invitación para que participe, con sus palabras, llenas de experiencia y sabiduría, en nuestras Bodas de Oro.

Quisiera terminar esta presentación haciendo un homenaje a nuestro compañero Fernando Viale Ballón, que nos dejó el 13 de marzo para irse al Cielo. Fernando nos trajo un mensaje de unidad, de alegría y de paz en los tres últimos años de su existencia que ha sido para nosotros un magnífico regalo en estas fechas de celebración.

Manuel Tamayo

PROMOCIÓN 1965

1. Álvarez Villamonte Félix Alejandro.
2. Aramburú Ferreyros Jaime.
3. Arnaez Durand César.
4. Arnaez Durand Ricardo.
5. Arroyo Castellano José Carlos.
6. Barboza Brou Guillermo.
7. Barreto Salazar Anselmo. (+)
8. Barrios Mariátegui Ricardo.
9. Beltroy Spelucín Manuel.
10. Benavides Ferreyros Ernesto. (+)
11. Benavides Matarazzo Santiago.
12. Bernardini Yori Jorge. (+)
13. Bentín Grande Ricardo. (+)
14. Budge Thomas Luis Manuel.
15. Cabral Larrea Manuel Enrique.
16. Cabrera Ganoza Alfonso.
17. Canessa Sambuceti Orlando.
18. Castillo Vargas Arturo. (+)
19. Castro Rojas Héctor. (+)
20. Céspedes Arrieta Carlos Manuel.
21. Coello Torres Germán.
22. Cornejo del Carpio Mario.
23. De Rossi Calderón Tomás. (+)

24. Defilippi Brignetti Gino.
25. Dongo Soria Francisco.
26. Drinot Hernández Pedro Javier.
27. Estela Benavides Ricardo. (+)
28. Flores Figueroa Guillermo.
29. Fernández Vargas José Elías.
30. Freyre Hoyle Ernesto.
31. Gabaldoni Tijero Enrique.
32. Galindo La Torre Luis Felipe.
33. Gallardo Gamarra Carlos.
34. García Garayar José.
35. Gatty Murriel Aldo.
36. Germán Palacios Seoane Prudencio.
37. González Vigil Ricardo.
38. Gordillo Maggi Roberto. (+)
39. Grados Ramos Abel.
40. Gutiérrez Mere Luis Darío.
41. Hinostroza.
42. Hoefken Pflucker Hugo.
43. Icaza Andrade Rodolfo. (+)
44. Iglesias Castro Gonzalo.
45. Jaguande Pierobon Bruno.
46. Kostrisky Pereira Alexei. (+)
47. Liceti Ceruti Dante.
48. Lobatón Cabrera Marco.
49. Loayza Devéscovi Jorge Enrique.
50. Lugón Ceruti Arturo.
51. Maldonado Madico Nemesio.
52. Mendieta Solari Julio Guillermo. (+)
53. Miro Quesada Gajtens Guillermo.
54. Montesinos Belón Juan Sebastián.

55. Monteverde Gosdinski Miguel Alfredo.
56. Moscol Ledezma Daniel Rolando.
57. More Alva César Augusto. (+)
58. Motín Claysen Carlos.
59. Navarro Urbina Francisco.
60. O´Besso Carrasco Jorge.
61. Otero Balestra Carlos.
62. Palacios Deza Julio Reinaldo.
63. Pastor Ampuero Jorge.
64. Pazos Holder Jorge José.
65. Pelletier Lemaitre Gerard.
66. Pérez León Jarrín Manuel.
67. Pérez Prugue Marco.
68. Pérez Noel Roberto.
69. Pérez Traverso Luis Guillermo.
70. Pflucker Arenaza Hernán.
71. Plaza Bernal José Carlos.
72. Portocarrero Maich Gonzalo.
73. Pulgar-Vidal Biber Max. (+)
74. Quiroga Canseco Carlos.
75. Ramírez Tejeda Patricio.
76. Ratto Hubner Luis Guillermo.
77. Reátegui Tomatis Carlos.
78. Rivera Santander Valdelomar Jorge.
79. Rosas Ribeyro José.
80. Rojas Mosquera Fernando Manuel.
81. Ruiz Ballón Barbier James.
82. Sambucetti Vásquez Vittorio. (+)
83. Sánchez Baumann Luis Alberto.
84. Sarmiento Camino Jaime. (+)
85. San Martín Cordero Eduardo.

86. Santa Gadea Duarte Octavio.
87. Solimano Ferrecio Gino Manuel.
88. Tamayo Pinto-Bazurco Manuel Augusto.
89. Tanguis Rivera Luis.
90. Testino Puppo Carlos.
91. Texeira Rivarola Miguel.
92. Tomatis Yuiswaine Emilio.
93. Uceda Raidoutt Enrique.
94. Urrutia Ceruti Alfonso.
95. Vega Chistie Cantuarias José.
96. Verástegui Salas Jorge.
97. Vervloet Smets Franco.
98. Viale Ballón Fernando Enrique. (+)
99. Vilchez Bello José Oscar.
100. Villa Stein Javier.
101. Villanueva Ortega Wilfredo Ricardo.
102. Villarán Ferreiros Manuel.
103. Villegas Piatt Víctor.
104. Vivas López Torres Ricardo.
105. Vivero.
106. Wakeham Maggiolo Miguel.
107. Wiese Bazo José Eduardo.
108. Zavala Arce Juan Carlos. (+)
109. Zúñiga Quevedo Oscar.

1956

*Ingresé al colegio el 1956.
Mis recuerdos se inician en
primero de primaria.*

Inicio del año escolar

En abril había entrado a *La Recoleta* junto con mi hermano Augusto, a él lo pusieron en Transición y estuvo a su cargo la Sra. María, a mí me pusieron en primero de primaria, con otra señorita a nuestro cargo. Entramos por la puerta principal que estaba en la esquina de Wilson y Uruguay. Me impresionó mucho el cuadro de los premios de excelencia que era lo primero que se veía en el hall de entrada. El Padre Alfredo Kratz, que era el director, nos había recibido antes con mucho cariño en su despacho, que estaba al salir del *hall* la primera puerta a la izquierda.

Con los miedos normales de los comienzos empezamos nuestras clases. Mi aula estaba en el patio al lado de la av. Wilson, la señorita encargada nos hizo sacar el *memorandum*, que era una agenda donde teníamos que anotar nuestras tareas y donde la profesora podía poner algunas observaciones. Nos habían dicho que el idioma principal sería el francés, a mi mamá le hacía ilusión porque era el que le habían enseñado en

el Belén. Hay que anotar que en aquellos años no existía una mayor exigencia para los idiomas. Nos enseñaban lo elemental.

Para nosotros era fácil ir al colegio porque solo teníamos que cruzar la calle. Nuestra casa quedaba en la primera cuadra de la av. Uruguay, frente al colegio. Mi mamá nos llevaba todos los días, otras veces íbamos con la empleada de Yori que tenía el encargo de llevar a Ricardo, que estaba en transición en la clase de mi hermano Augusto. Yo me quería independizar de la empleada porque consideraba que podía ir solo y no necesitaba que me llevaran, cosa que conseguí enseguida y me sirvió para poder asistir más tarde a mis reuniones de los Lobatos y los Acólitos, que eran después de la hora de salida.

Me resultó fácil conocer, *en poco tiempo*, todo el colegio. Me llamó mucho la atención el museo con animales disecados. Era una habitación grande y antigua del segundo piso, estaba llena de escaparates y de pequeñas vitrinas. Para entrar había que pedir la llave, siempre estaba cerrada y había un olor que era una mezcla de formol con la falta de ventilación, no había mucho orden y parecía que era poco frecuentada. A los niños nos daba un poco de miedo quedarnos encerrados allí.

Un miedo agradable era pasar corriendo por el túnel que cruzaba la avenida Uruguay, se convirtió en un juego divertido para mí y para todos mis compañeros de clase. Nos llevaban a la parroquia para asistir a las Misas que se celebraban en la Iglesia de la plaza Francia y también cuando nos pasaban filminas o películas, en la sala de proyección estaba debajo de las habitaciones de los sacerdotes. Era una sala antigua de techo alto que tenía en medio una columna. Los vidrios de los grandes ventanales estaban cubiertos con un cartón pintado. El color de la sala era crema, en la pared estaba colgada una pequeña pantalla de cine y en el otro extremo, una mesa alta con el proyector de 16 mm.

En el segundo piso del colegio, encima de las oficinas del Padre Ministro y del Padre Ecónomo, estaba la Capilla que daba para la av. Wilson, tendría una capacidad para 50 personas. Una vez a la semana asistíamos con toda la clase a Misa y en ocasiones teníamos allí los ensayos litúrgicos y las confesiones. En 1956 nos prepararon para nuestra primera confesión. Para nosotros era un acontecimiento que indicaba cierto nivel de hombría, había que vencer ciertos temores y no tener vergüenza para decir los pecados. Era como lanzarse por primera vez a la piscina. La segunda vez ya no costaba tanto.

El P. Armel Becquet, pequeño de estatura, era muy hábil con los niños y se encargaba de la formación espiritual de primaria. Se ocupaba también de los Lobatos y de organizar la preparación de las primeras comuniones y de las confirmaciones. Por esos motivos en 1956 me tocó tenerlo muy cerca. Por mis notas y porque le pareció oportuno, me invitó a ser Lobato y acólito.

Para mí todo era nuevo. Me había enterado que los acólitos tenían acceso a unas revistas de *vidas ejemplares*, y a los desayunos que daba el colegio después de las Misas y que en los Lobatos el P. Armel contaba unos cuentos fabulosos. Eran motivaciones atractivas para mí y muchos de mis compañeros en esos años de infancia.

La primera Comunión y la Confirmación formaban parte de la organización que el colegio tenía para todos sus alumnos, solo teníamos que seguir lo que estaba estipulado, en cambio para ser Lobato y Acólito había que inscribirse y hacer méritos, cosa que lo hacía más interesante. No era para todos, era solo para los que libremente queríamos ingresar. Luego había que luchar para hacer compatibles nuestros estudios con las actividades programadas a las que teníamos que asistir con puntualidad y nuestra mejor disposición.

En la casa mis padres nos ayudaron en todo para que nos adaptáramos bien al nuevo colegio. Mi papá me preguntaba

con frecuencia si estaba contento. Mi mamá nos apoyaba en todo y ese año estaba particularmente contenta porque haría mi primera comunión.

Me compró rápidamente el misalito, que habían pedido en el colegio, donde estaban las oraciones de la Misa en castellano y latín y un apéndice con algunos cánticos. Ella conservaba un librito suyo de cánticos religiosos y me entrenaba con él. Aprendí a cantar mis primeras canciones religiosas: “*Tú reinarás.... Oh Buen Jesús... Venid y vamos todos con flores a María...*”

Ella me había enseñado antes a santiguarme y las oraciones principales, *el padrenuestro y el avemaría*. Me hacía ver que pronto iba a recibir a Jesús. Yo quería saber qué se sentía y a qué sabía la hostia. Mi mamá, con paciencia me explicaba todo: -“*Jesús está en la hostia, se le recibe con recogimiento, abres bien la boca, sacas la lengua y el sacerdote coloca allí la hostia que es el Cuerpo de Jesús, luego cierras tu boca, no se te ocurra mascar, la dejas allí y solita se deshace. Así Jesús pasa al fondo de tu alma. ¡Te tienes que portar bien porque vas a recibir a Jesús!*”

Me enseñó unas estampas antiguas de su primera comunión que conservaba en un misalito. Un día la acompañé a la casa *San Marti*, frente al Banco de Reserva, allí vendían las imágenes clásicas de arte Sagrado, los nacimientos para la Navidad, el árbol y las luces de colores. Escogimos unos modelos de estampa y los llevamos a *Colville*, para imprimir el nombre y la fecha de la Primera Comunión.

Por estas circunstancias especiales de llegar al colegio como alumno nuevo y empezar mi preparación para recibir tres sacramentos (*Confesión, Comunión y Confirmación*), noté que en *La Recoleta* me estaban enseñando con más profundidad los fundamentos de la Religión.

El P. Armel Becquet era un sacerdote muy piadoso y se esmeraba en la preparación religiosa de los niños. Con las



filminas nos enseñaba el catecismo y la vida de los santos. En ese año, con ocasión de la primera comunión, consiguió que tuviéramos devoción por *San Tarcisio*, el niño que fue mártir por defender la Eucaristía.

Como la preparación para la Confirmación era paralela, nos hablaba de ser soldados de Cristo y quería para nosotros un liderazgo cristiano inspirado en los *Corazones Valientes*, organización de los *Misioneros Seglares de los Sagrados Corazones*, que tenía su origen en Francia. También nos hacía sentirnos útiles a la Iglesia colaborando con la colecta de las Misiones. A cada uno nos entregaba una alcancía para que la llenáramos. Como niños, competíamos en quién la llenaba primero, le pedíamos a nuestros papás y a las visitas que iban a la casa, que colaboraran con nosotros. Lo más importante era tener llena la alcancía para ganar la competencia. El Padre Armel, que intentaba formar nuestras conciencias, nos hablaba de la indigencia de los niños pobres de las misiones y nos motivaba para que seamos generosos con nuestras propinas.

Consiguió también que tuviéramos una gran afición por la revista católica *Avanzada*, que estaba dirigida fundamentalmente a los niños; allí aparecían las aventuras de *Coco*, *Vicuñín* y

Tacachito, que eran historietas que reflejaban la ejemplaridad de una vida coherente en virtudes; además en aquella revista aparecían concursos y retos para vivir bien la vida cristiana. Había una hoja donde se marcaba el tiempo dedicado a la oración, a los sacrificios o a las buenas acciones que se habían hecho en el día.

El P. Armel dedicaba lo mejor de su tiempo y sus energías a los acólitos. Quería que las ceremonias litúrgicas salieran muy bien, con la dignidad y el decoro que deberían tener. Nos decía que a Dios había que darle lo mejor y que contaba con nuestro esfuerzo y nuestra capacidad.

Para ser acólito había que tener buenas notas. Si alguno tenía una jalada era separado de inmediato y no podía volver hasta que estuviera invicto. El mismo padre se encargaba de enseñarnos como ayudar Misa y a contestar todas las oraciones en latín y de memoria. Nos sacaba de alguna clase y nos llevaba al local de los acólitos que estaba en el segundo piso, al lado de la escalera que daba al túnel. Allí nos instruía hasta que aprendiéramos bien. Si hacían falta más ensayos nos hacía ir los sábados por la tarde y también los domingos. Íbamos con gusto porque aprendimos que esa dedicación de tiempo a Dios, valía la pena. Yo me sentía útil a mi colegio y a la Iglesia, el padre valoraba mi disposición y para mí era muy importante su consideración. Ayudando a Misa pude pasar también la especialidad de *Acólito* que tenía en los Lobatos.

La Señora *Valdizán*, que era la mamá de un chico de *La Recoleta* mayor que yo, le vendió a mi mamá el uniforme de Lobato de su hijo que ya le quedaba pequeño. Me alegró ponérmelo por primera vez, me sentía más importante. Desde el primer momento me lo tomé muy en serio, quería hacer la promesa cuanto antes y pasar todas las pruebas y especialidades.

(1)

Mi mamá estaba contenta con mi ingreso a los Lobatos, vivía mis ilusiones y preparaba lo que pudiera necesitar para cumplir con mis compromisos. Gracias a ella pude cumplir con

todo. Asistía a todas las sesiones sin faltar, en el local Scout. *Estaba entrando al colegio a la izquierda, después del despacho del Padre Director, había una puerta con una escalera que daba a un sótano.*

En el local Scout, cada patrulla tenía sus armarios y cajones y los Lobatos nos sentábamos en unas bancas para tener nuestras reuniones y escuchar los cuentos del P. Armel. Eran sobre el Lobo y San Francisco de Asís, o las aventuras de un niño explorador, que imitando a San Francisco, era amigo de la naturaleza y de los animales.

El Lobato era un niño que debía obedecer a la Ley de la manada y hacer una buena acción cada día. En las sesiones nos preguntaban si habíamos hecho nuestra buena acción diaria. Yo decía que ayudaba a mi mamá en las tareas de la casa o iba a comprar el pan, cosa que era verdad y me alegraba doblemente, por mi mamá y por cumplir con la buena acción.

Como buen sacerdote, el padre Armel nos enseñaba a rezar. Las sesiones las empezábamos y terminábamos haciendo una oración: *“Dulce y Buen Señor mío, enséñame a ser humilde y generoso, a imitar tu ejemplo, a obedecer a mis padres, y a seguir el camino que ha de llevarme al Cielo junto a Ti. Amén”.*

(1) El uniforme era una chompa verde oscura y un pantalón corto de color azul marino, las medias eran negras y llevaban unos flecos amarillos. Encima de la chompa iba una pañoleta verde con borde rojo. En el brazo derecho de la Chompa decía (a la altura del hombro): Lima n. 1 y debajo irían las especialidades que se pasaran, en el otro brazo iba el color de la seisena. Cuando se hacía la promesa se ponía en el gorro la imagen de un Lobo. En la gorra verde, con bordes amarillos iba en el centro la imagen del Lobo y a los lados dos estrellas que se colocaban al pasar las pruebas correspondientes.



Preparación para la primera comunión

Para prepararnos bien nos llevaron, *a toda la clase*, a un retiro en la casa parroquial de Chacacayo. ⁽²⁾ En el ómnibus del Colegio, conducido por el venerable Demetrio, fuimos con el P. Armel cantando durante todo el viaje hasta Chacacayo. Entramos a la casa parroquial en fila por el portón del garaje y nos dirigimos de inmediato a un aula donde el padre nos dio unas indicaciones.

Mi preocupación ese día era el almuerzo. Era la primera vez en mi vida que almorzaría fuera de mi casa y no sabía cómo iba a ser. No me preocupaba la comida sino los procedimientos. Temía no saber hacerlo bien sin tener a mi mamá cerca.

Tan grande debió ser mi preocupación que no presté atención a las indicaciones del programa que tendríamos que cumplir. Ese primer día estaba totalmente distraído. Antes de entrar a la Iglesia el padre entregó a cada niño una libretita en blanco. ⁽³⁾

Pasamos a la Iglesia donde nos dieron unas charlas del catecismo y ensayamos la ceremonia de la primera comunión. Después, en rigurosa fila nos dirigimos hacia el comedor para

el almuerzo. Recuerdo que el olor a comida era intenso pero mi preocupación seguía siendo la misma, hubiera preferido no almorzar y pasar hambre que la vergüenza de no saber qué hacer en el comedor.

Antes de entrar se pasaba por un corredor entre el muro de la calle y la iglesia, estaba tan distraído que me di de bruces contra un poste causando el alboroto de mis compañeros que se reían despiadadamente de mí y yo me sentía en la hoguera de la inquisición.

Entré al comedor abatido con el dolor del porrazo y la angustia de no saber qué pasaría. Una vez dentro vi que todo era igual que en la casa. Nos sentaron en unas mesas y unas señoritas se encargaron de hacernos comer. Se me pasaron todos los temores. Salimos pronto y pude comprarme con mi propina un helado en el carretillero de D'Onofrio que estaba en el portón, me refresqué con un delicioso *Buen humor de Chocolate* para terminar mi primer día de retiro. Regresamos a Lima y al día siguiente volvimos. Todo fue normal. Había ganado en experiencia y me sentía muy contento y preparado para recibir la Primera Comunión.

(2) Era de la comunidad de los Sagrados Corazones. La Arquidiócesis de Lima le había encargado la parroquia a los padres de Congregación. Junto a la parroquia los padres construyeron un convento y una casa parroquial.

(3) La libretita era para escribir los sacrificios que podíamos hacer. Como no presté atención a las indicaciones, devolví la libreta en blanco al final del día, sin haber anotado ningún sacrificio. El Padre no me dijo nada y así se quedó la libreta para siempre.

Prado, Presidente

Había pasado rápido el primer semestre del año. Las elecciones presidenciales las ganó Manuel Prado y Ugarteche. Los apristas, que habían decidido apoyar a Hernando de Lavalle, dieron un giro hacia el partido Democrático Peruano y le dieron el triunfo a Prado que haría su segundo gobierno.

Con su estilo característico Prado solía saludar y sonreír a la gente aunque recibiera *pifias*, era muy elegante y señorial en sus modos. Vivía a unas cuadras de nuestra casa en la calle *Amargura*, del jirón Camaná y frente a la casa de la familia de su esposa, Clorinda Málaga. Era un caserón tipo colonial que ocupaba casi toda la cuadra, estaba al lado de la librería *Studium* donde comprábamos algunos libros del colegio. ⁽⁴⁾

A Prado le gustaba mucho salir de Palacio y viajar en Calesa con escolta. Iba por las calles con todas sus galas llamando la atención por donde pasaba y sin importarle mucho el tránsito, que era muy escaso en aquellos años. Al regresar a Palacio lo hacía por el jirón de la unión.

En la casa de la av. Uruguay sentíamos *las cornetas* de los Húsares de Junín y salíamos corriendo para ver pasar al presidente por la calle *Juan Simón* que se veía desde los balcones. Los caballos de paso hacían sonar sus herraduras en el pavimento mientras los jinetes procuraban no desentonar la marcha que tocaban mientras abrían el paso a los corceles que jalaban la calesa descubierta con el Presidente que saludaba a *diestra y siniestra*, sin perder el tiempo. Sentíamos la emoción de ver al presidente pasar.

(4) Eran los de la editorial Bruño o FTD, (en esos años "Studium" todavía no imprimía libros, era solo librería), los cuadernos los comprábamos en Minerva, y los libros de Francés en la Alianza francesa de la av. Wilson.

Se acercaba el mes de octubre y mientras los carteles anunciaban la próxima corrida de toros de la feria del Señor de los Milagros, en el colegio anunciaban nuestra primera confesión. Tenía una mezcla de ilusión y de miedo, tal vez semejante a la que tendrían los toreros que venían para la feria. La primera comunión y la confirmación la haría antes de las corridas y por lo tanto la primera confesión tenía que ser ya.

Estaba preocupado porque en la libreta de sacrificios no había escrito nada. Pensaba que esa limitación podría impedir mi primera comunión. Grande fue mi sorpresa cuando una mañana cualquiera, sin previo aviso, me dicen que era el día de mi primera confesión.

Esa mañana no tuvimos clases y fuimos directamente a la capilla donde estaba el sacerdote esperando. Seguí en la fila a mis compañeros como quien va al cadalso para la ejecución, nos sentaron en primeras bancas de la capilla y pasaríamos a confesarnos por orden de lista; para mí era un pequeño alivio porque era de los últimos. Al fondo de la capilla, al lado de un reclinatorio se había sentado el confesor, el P. Ignacio Aldasoro.
(5)

Los primeros de la lista pasaban impertérritos por el confesionario; trataba de girar la cabeza para ver *con el rabillo del ojo* lo que les estaba pasando mientras se confesaban, veía que decían algo y yo pensaba que no tenía nada que decir, había ensayado algo pero se me había olvidado, solo se me ocurría decir en ese momento que me había portado mal con mi mamá pero no me acordaba en qué. Mientras cavilaba sin éxito, la fila seguía avanzando, los que ya se habían confesado conversaban afuera alegremente y yo les envidiaba. Quería estar ya en la situación en la que se encontraban ellos.

(5) Años más tarde, como suelen hacer los religiosos, cambió el nombre de Ignacio por el de Andrés. Cuando estuve en 5to de media este sacerdote, ya anciano, fue el Jefe de División de nuestra clase. Mi promoción lleva su nombre.

Cuando me llegó el turno me levanté de la banca y me dirigí hacia el confesionario. Me parecía que estaba lejísimos. Con un andar desgarbado por la emoción caí de hinojos frente al sacerdote y oí que me decía: *Ave María Purísima*. No contesté nada. Después aprendí que había que contestar: *sin pecado concebida*. El padre me invitó a decir mis pecados y yo lancé la frase que tenía preparada: *me he portado mal con mi mamá...* con la sensación de haber soltado un pecado muy pesado. *¿Qué más?* me preguntó el sacerdote. Para mí era bastante y suficiente lo que había dicho, no se me ocurría nada, no habían ensayado otra frase... me quedé mudo. El sacerdote me dio un consejo corto y me absolvió.

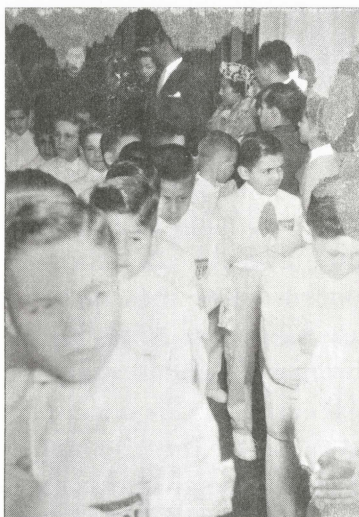
Me sentí liberado. Salí pisando fuerte de la Capilla para hacerles ver a mis compañeros que había triunfado en mi primera confesión. Esa primera experiencia me dio fuerza y ánimo para volver a la siguiente con una mejor preparación y una buena dosis de serenidad. En las siguientes confesiones no tuve ningún problema.

Ya estaba listo para la primera comunión. Me llevaron nuevamente a *Ternos Alfa*, para comprarme mi terno blanco para el día de la ceremonia. Fui con mi papá porque mi mamá estaba en cinta e iba a cumplir los 9 meses de gestación.

Para hacer las fotos del recuerdo contrataron a un experimentado profesional de apellido *Umeres*, fuimos a su casa de Breña y estuve posando con mi terno blanco que llevaba un lazo en el brazo izquierdo. Me dieron además para adornar la foto un misal y un rosario blanco. Allí me hice las fotos de rigor al estilo de la época.

Llegó el día de la primera comunión, los acólitos mayores ayudaron la Misa y se quedaron a desayunar con nosotros en uno de los sótanos del colegio. Mis padres estaban felices en la ceremonia realizada en la Iglesia de la Recoleta.

Antes del desayuno nos hicieron una foto general en el jardín del convento, luego pasamos por el túnel con nuestros gritos y correrías habituales y más emocionados porque habíamos hecho la Primera Comunión. Regresamos a casa para el almuerzo y por la tarde había que estar nuevamente en la parroquia para la ceremonia de la Confirmación, con el Obispo de Huacho, que era de los Sagrados Corazones.



Mi padrino, *un amigo de mi padre*, me regaló un reloj de pulsera. Mi papá me ayudó a ponérmelo en la muñeca, era el primer reloj de mi vida. Me parecía que me habían hecho un regalo muy fino y costoso. En aquella época los relojes costaban caros. Mi padrino me miraba sonriente al verme feliz con el reloj que yo contemplaba sin quitar la vista de él. —¿*Supongo que sabes ver la hora?* me preguntó y yo asentí con la cabeza sin mucha seguridad. Era un reloj distinto al *Cyma* de mi papá, que era el que yo conocía. Este tenía un *secundero* muy largo que me desconcertaba. Pero como “*a caballo regalado no le mires el diente*” yo estaba muy contento con mi reloj.

Ya era la hora de ir a la iglesia para la ceremonia. Bajamos por las escaleras de mármol de la casa y nos dirigimos hacia la plaza Francia. Esperamos en la puerta del convento que nos hagan entrar. Las familias se dirigieron a la Iglesia. Nosotros entramos con nuestros padrinos y ocupamos las primeras bancas. Llegó el obispo y empezó la ceremonia.

Con mis compañeros compartíamos una preocupación: ¿cómo será la mano del Obispo? Dentro del rito de la

Confirmación estaba prevista una *cachetada* que el obispo debía dar a cada uno y que representaba la fortaleza que el soldado de Cristo debía tener para soportar las adversidades. Nunca pudimos ver al obispo hasta el día de nuestra Confirmación.

Cuando entró al altar todas nuestras miradas se dirigían hacia su mano derecha. En ese momento nos parecía a todos que la mano era enorme y que además tenía un anillo que podría hacer más dolorosa la cachetada. Solo esperábamos ese momento. Antes los mayores nos habían gastado algunas bromas diciéndonos que algunos obispos pegaban muy fuerte. Me consolaba lo que me había dicho mi mamá: - *“los Obispos son muy buenos con los niños, no dan cachetadas, hacen cariñito...”* Desde luego que no se me ocurría decirle a mis compañeros lo que me había dicho mamá; me parecía que ese comentario era femenino y debía quedar en la intimidad de la familia, a mí me daba seguridad, pero con mis compañeros prefería hablar de la fuerza de los golpes.

Después de la cachetada todo fue felicidad, nos regresamos a la casa. Mis hermanos me miraban como si me hubiese transformado. Yo tenía que hacer esfuerzos para portarme bien y no desprestigiarme frente a ellos.

Había recibido una cantidad de estampas de mis compañeros que eran como el testimonio de haber cumplido con algo muy importante, que además me hacía mayor y responsable. Mi madre me lo recordaba: *“...como tú has hecho la primera comunión...”* y añadía alguna buena acción que debía realizar y luego le decía a mis hermanos: *“¡pórtense bien para que puedan hacer su primera comunión!”* y así lograba que no hagan mayores travesuras.

En octubre se celebra el día del colegio. La Recoleta había cumplido un año más de existencia y lo celebró con el almuerzo de exalumnos y una divertida *kermés*. Después, las clases siguieron con normalidad. Se acercaba el fin de año. En esas

circunstancias el Banco Comercial del Perú hizo una incursión en el colegio para fomentar el ahorro de los niños. Me abrieron mi primera libreta de ahorros con una cantidad mínima que puso mi mamá. Luego me olvidé de la libreta para toda la vida.

Mi atención se centraba en las actividades que organizaba La Recoleta. Siempre me gustó mucho el colegio. No me hacía tanta ilusión que vinieran las vacaciones. En el colegio me divertía bastante y más en las reuniones con los Lobatos y con Los acólitos.

Al Padre Armel le tenía bastante admiración al ver el esfuerzo y dedicación que ponía en nosotros. Nos había preparado muy bien para la primera comunión y se esmeraba para que seamos buenas personas. Luchaba por mantener un buen nivel en los Lobatos y en los acólitos.

También admiraba a los otros sacerdotes del Colegio porque los veía siempre activos y piadosos. En el colegio estaba feliz. Al igual que mis compañeros de clase, participaba en todos los juegos que se ponían de moda, como *las canicas* que jugábamos en el patio. Tenía mi bolsillo del pantalón lleno de bolitas y entre ellas alguna *lechera* y algún *cholón* que no podía faltar. Jugábamos a los *ñocos* con todas las técnicas establecidas: *trompis*, *chalaca de tu tamaño*...

Con el trompo ocurría lo mismo. Me quería conseguir uno con punta de acero para poder ganar en el juego de *cocina*. Los pintábamos con los colores más atrevidos y chillones: "*sáli, no pierdo por otro*" y lanzábamos el trompo sobre los que estaban en el suelo con fuerza para que continuara bailando y poder así hacerlo trepar a la mano y tirarlo contra otro. Aprendimos también *el avión*, que consistía en hacer bailar el trompo directamente en la mano sin que tocara el suelo. Cuando sonaba el timbre los trompos y la *huaracas* iban al bolsillo del *overall* hasta el siguiente recreo.

En La Recoleta las clases empezaban por la mañana a cinco para las ocho y terminaban a un cuarto para las doce. Almorzábamos en nuestras casas. Nosotros lo teníamos fácil porque la casa estaba al frente. A pesar de la cercanía por la mañana llegábamos con las justas y corriendo, en cambio por la tarde el tiempo era más holgado. Mi padre también venía de su trabajo para almorzar con nosotros. Todos coincidíamos a la hora del almuerzo. Antes de salir para el colegio por la tarde nos daban un sol de propina. Las clases vespertinas empezaban a las dos y veinte y terminaban a cinco para las cinco.

En la puerta del Colegio había un carretillero de D'Onofrio cargado de golosinas, también estaba la máquina que fabricaba el algodón dulce y el turroneiro que vendía alfajores y manzanas acarameladas. No faltaba el vendedor de trucos que además hacía una demostración que jalaba una numerosa concurrencia. Antes de entrar había que pensar si gastar allí la propina o no y como *en la variedad está el gusto*, escogía cada vez algo distinto.

(6)

(6) La bolsita de "municiones" costaba S/.0.50, el Sublime: S/.0.50, el chocolate "Princesa": S/.0.25, los chocolates Olímpico o Ali Baba: S/.0.60, la bolsita de perdigones de Chocolate: S/.0.80, las lentejas de Chocolate: S/.1.00, los toffes S/.0.10 c/u, los caramelos: S/.0.05, las pastillas violetas: S/.0.50, las Frunas: S/.0.50, el helado cono de imperial: S/.0.25, el helado Chupete BB: S/.0.50, el Eskimo o el Buen Humor: S/.1.00, el dulce de algodón: S/.0.20, los turrones o alfajores: S/.0.50, las manzanas acarameladas S/.0.50. Dentro del Colegio había un kiosco que era también una alternativa para gastar la propina, allí un pan con palta costaba S/.0.50, igual que el pan con huacho o con relleno, en cambio el pan con jamón y la butifarra costaban S/.1.00. El vaso de Crush del dispenser costaba S/.0.50, en cambio la gaseosa en botella, Pepsi, Bidú, Spur Cola, Pasteurina, Kola Inglesa, Coca Cola, Crush, costaban S/.0.80. También se podía comprar chicles Mazuca que venían con banderitas para coleccionar, o los sobrecitos con caramelos y figuritas para pegarlas en un álbum, costaban S/.0.20.

La propina siempre la gastábamos en comer alguna golosina. Por muchos años pensé que esa era la finalidad. Nunca se me ocurrió comprar con mi propina un *chistes* (*Revista de historietas*). Mi padre nos daba aparte para comprar esas revistas en el kiosco que estaba frente al colegio, en la av. Uruguay. ⁽⁷⁾

En 1956 aprendí a conversar por teléfono con mis amigos del colegio. Como el teléfono de la casa estaba en la pared del pasillo y a una altura a la que no podía llegar utilizaba una silla para pararme en ella. El número del teléfono de la casa era 11356. Le pedía a mis amigos que me llamaran y yo anotaba el número de mis amigos hasta en la mano, para no olvidarme y luego lo pasaba a una libretita.

Un día recibí una tarjeta de invitación para un cumpleaños. Era la primera tarjeta que recibía de La Recoleta. Era el cumpleaños de José Carlos Plaza Bernal, me invitaba a su casa en la calle *Almirante Guisse 940, Jesús María*.

Al ver la tarjeta me llené de entusiasmo y mamá me dijo antes de que me haga más ilusiones: “*Tu terno del año pasado ya no te queda*”; tenía razón, mi terno *beige* (*casi blanco*) había pasado para mi hermano menor y yo no tenía terno para ir al cumpleaños. En esa época a las fiestas y cumpleaños siempre se iba con terno. Protesté airadamente. Me parecía frustrante la posibilidad de no asistir. En esos casos sabía que tenía que acudir a mi papá para que solucionara el impasse. Así fue.

(7) Mis *chistes* preferidos eran: “*El Pato Donald*”, “*La Pequeña Lulú*”, “*Roy Rogers*”, “*Superman*”. Otros preferían: “*Miky Mouse*”, “*Tom y Jerry*” “*Gene Autry*” “*Batman*” “*El llanero Solitario*”.

Mientras mi mamá me llevaba rápidamente por la calle para comprarme el terno me iba recordando todos los gastos que habían hecho ese año con motivo de la primera comunión y por el nacimiento de mi hermano menor y siempre terminaba diciéndome: “*qué bueno que es tu papá que quiere lo mejor para ti*” Yo me sentía feliz de tener un papá tan bueno.

Esta vez no fuimos a ternos *Alfa*, fue una sastrería de la plazoleta san Agustín en el jirón Camaná. Me compraron un terno azul de pantalón corto y saco sin solapa. La camisa de cuello almidonado quedaba muy elegante. Salí de la sastrería con mi *ternesito* puesto y mi mamá me daba indicaciones para que no correteara mucho porque podría malograrlo.

La semana siguiente fue el cumpleaños de José Carlos Plaza. Antes de que me llevara mi papá en el *Morris minor* que tenía, salí con mi mamá al *chino* de la mitad de la cuadra y compramos una escopeta que disparaba un corcho que estaba cogido con una pita. La envolvimos en papel de regalo y me llevaron al cumpleaños. Me dejaron en la casa y me dijeron que me estaría recogiendo hacia las 7.00 pm, eran las 4.00 pm. Lo primero que hice al llegar fue entregarle la escopeta con un *¡Feliz día!*

La casa era bastante grande tenía dos pisos y un inmenso jardín con unas luces verdes que la hacían más elegante. Habían invitado a un buen número de niños de la clase. Casi todos fueron con sus *nanas* y yo me sentía un poco huérfano. Ellos en cambio, querían deshacerse de tantos cuidados y protecciones.

Propusimos jugar *ladrones y celadores* con la mala intención de escaparnos de la vigilancia de las *nanas*. Nos metíamos por todos los rincones de la casa, incluso por lugares que no estaban permitidos. La *nana* del anfitrión ponía en grito en el cielo. Yo estaba con mi terno nuevo y me habían puesto unas medias blancas relucientes. Dentro de las estrategias del juego mi escondite estaba en el jardín, detrás de unas plantaciones de plátano, sin darme cuenta que ese lugar estaba fangoso y sucio.

A los diez minutos del juego mis medias estaban negras y mis rodillas totalmente sucias, igual que mis manos y parte de la cara.

Cuando llegó la hora cantar el *Happy Brithday* las *nanas* me miraban con espanto y decidieron llevarme al baño para lavarme. Menos mal que hicieron lo mismo con otros compañeros que estaban tan impresentables como yo. Buen tiempo pasamos en las limpiezas antes de probar la torta.

A las 7.00 pm llegó mi papá para recogerme y al verme cómo salía se llevó las manos a la cabeza: *¡Pero hijo!, ¿dónde te has metido?, no le va a gustar nada a tu mamá.* Y así fue, al llegar a casa mi mamá me reprendió: *“¡Qué barbaridad, este chico!...”*

El año 1956 quedó grabado en nuestra memoria de un modo especial porque fue el año de nuestra primera comunión y confirmación. Esos primeros compromisos nos hicieron tomar las primeras determinaciones y propósitos para ser mejores. No sabíamos qué ocurriría después, sin embargo las decisiones que tomábamos eran serias. Nuestras *mataperradas* no anulaban esos propósitos, tampoco las advertencias que nos daban nuestros padres cuando nos portábamos mal. Creíamos



en el apoyo incondicional de nuestros padres y maestros y sentíamos que en el fondo confiaban en nosotros. Algún día tendríamos que llegar a ser el niño excelente que nos pintaban. A esas edades las metas eran muy parecidas para todos, y *no eran artificiales*, en el fondo queríamos lo que nos proponíamos y todas las propuestas venían de la educación que recibíamos.

Los acontecimientos mundiales

Mientras estábamos en esas andanzas infantiles, *con nuestras alegrías naturales y llenos de ilusiones*, el mundo seguía su curso. Europa atravesaba en esos años por una ola intensa de frío, mientras que en los Estados Unidos los gringos seguían haciendo pruebas con la bomba atómica. En 1956 ingresa la primera estudiante negra a una universidad americana. Este hecho causó revuelo y polémica, en cambio en el mundo artístico Elvis Presley destacaba como el rey del *rock and roll*.

Cuando llegaron las vacaciones de diciembre nos dedicábamos a armar el nacimiento de Nuestro Señor Jesucristo en nuestras casas y a pasar la Navidad con los regalos que nos hacía el Niño Dios, o Papa Noel para algunos.

El verano solíamos ir a la playa: *Cantolao o La Herradura*, en el tranvía o en automóvil con nuestra familia.

Para ir a Cantolao tomábamos el tranvía en La Colmena, frente al hotel Bolívar, iba bastante rápido por la av. Colonial que estaba totalmente despejada, en poco tiempo cruzábamos Sáez Peña hasta salir a la plaza Grau, seguíamos bordeando el Real Felipe y después de cruzar Chucuito llegábamos al parque de La Punta. Nos íbamos directamente al muelle que estaba frente al cine Majestic para cambiarnos. Algunas veces nos quedábamos en la playa de La Punta, que era de piedras. Había que entrar con zapatillas y agarrarse de una sogá, otras veces nos bañábamos en Cantolao, donde se podía nadar mejor pero el agua era tan fría que nos hacía tiritar.

En otras ocasiones escogíamos La Herradura, íbamos en carro y lo estacionábamos en el malecón, bajábamos a la playa por una escalera de madera y solíamos alquilar una carpa para cambiarnos. En La Herradura habían parlantes instalados donde se alternaba la música con la hora que auspiciaba Coca Cola.

Al terminar el verano retornamos al colegio para empezar 2do de primaria.

1957 - 1959

*En estos años hicimos 2do,
3ero y 4to de primaria.*

El P. Francisco Le Corno, que lo veíamos con los brazos cruzados y su largo hábito blanco cuidando a los niños en el patio de transición había fallecido. Nos llevaron al velorio pasando por el túnel hasta la plaza Francia para rezar delante de sus restos mortales. Nunca había visto en mi vida a una persona muerta. No me atrevía, pero un profesor, no recuerdo quién era, nos cargó a uno por uno para que viéramos su rostro. Me impresionó mucho. Hasta ahora recuerdo la cara del padre dentro del ataúd.

En 1956 habían llegado de Francia tres padres jóvenes: *Gregorio Baudouin, Hervé Thomazo y Enrique Olier.*

El P. Gregorio tenía un aspecto juvenil y divertido, con el pelo cortito parecía un soldado que se había escapado de la segunda guerra mundial. Nos enseñaba francés y tenía una regla larga que parecía la *batuta* de un director de orquesta. Cuando

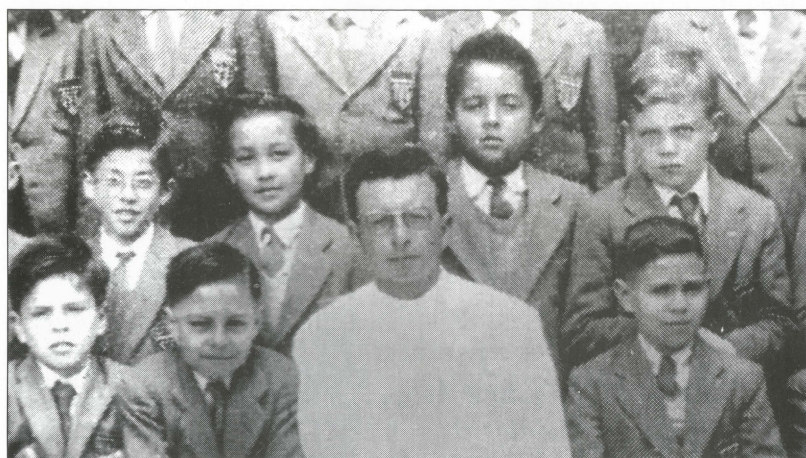




no respondíamos bien nos daba *un toque* en la cabeza con su regla. Por esa costumbre nosotros le llamábamos cariñosamente *el padre palito*.

El P. Hervé, muy blanco, de rostro ovalado y pelo rubio, era un magnífico matemático, fue jefe de división del año superior a nosotros. Lo pudimos gozar en media cuando nos enseñaba los cursos de ciencias y cuando organizaba el boletín del colegio y los primeros campeonatos del ADECORE. Muy eficaz y tremendamente ordenado.

El P. Enrique, delgado, risueño y muy activo, era un hombre con iniciativa y llegada a los niños, fue nuestro primer jefe de división y nos tenía encandilados con su ingenio y excelente pedagogía. Estaba siempre con nosotros y nos hacía pasar ratos agradables. Fuimos con él de paseo en el ómnibus del colegio a Pucusana y a otros lugares más; lo veíamos siempre por delante con su boina cruzada y sus interesantes explicaciones. Para divertirnos nos enseñaba unas canciones infantiles en francés y para que entráramos en el tono correcto sacaba una



pequeña flauta para darnos la nota. También nos hacía ensayar minuciosamente para las grandes actuaciones del colegio, fundamentalmente las de la clausura que fueron en el flamante cine Diamante de la avenida Brasil. Recuerdo que el padre Enrique me eligió junto a otros compañeros para cantar y bailar "*Dans le marine*". Nos vistieron de marineritos y tuvimos que bailar y cantar delante de un público numeroso. Para nosotros era todo novedoso y muy emocionante.

Aprendíamos con gusto, y se nos quedaba en la memoria, las canciones infantiles en francés que nos enseñaba con tanto esmero. Como no recordar hasta hoy:

En passant par la Lorraine avec mes sabots (bis)
Rencontrai trois capitaines, avec mes sabots dondaine
Oh, oh, oh ! avec mes sabots.

Rencontrai trois capitaines avec mes sabots (bis)
Ils m'ont appelée "Vilaine", avec mes sabots dondaine
Oh, oh, oh ! avec mes sabots.

Ils m'ont appelée "Vilaine", avec mes sabots)bis)
Je ne suis pas si vilaine, avec mes sabots dondaine
Oh, oh, oh ! avec mes sabots.

Je ne suis pas si vilaine, avec mes sabots (bis)
Puisque le fils du roi m'aime, avec mes sabots dondaine
Oh, oh, oh, avec mes sabots.

Puisque le fils du roi m'aime avec mes sabots (bis)
Il m'a donné pour éternelle avec mes sabots dondaine
Oh, oh, oh, avec mes sabots.

Il m'a donné pour éternelle avec mes sabots (bis)
Un bouquet de marjolaine avec mes sabots dondaine
Oh, oh, oh, avec mes sabots.

Un bouquet de marjolaine avec mes sabots (bis)
Je l'ai planté dans la plaine avec mes sabots dondaine
Oh, oh, oh, avec mes sabots.

Je l'ai planté dans la plaine avec mes sabots (bis)
S'il fleurit je serai reine avec mes sabots dondaine
Oh, oh, oh, avec mes sabots.

S'il fleurit je serai reine avec mes sabots (bis)
S'il y meurt, je perds ma peine avec mes sabots dondaine
Oh, oh, oh avec mes sabot.

La cantábamos a pleno pulmón y con un entusiasmo infantil desbordante. Lo mismo sucedía con “Pulgarcito” que además estaba de moda por las películas de Joselito que veíamos en los cines:

Il était un petit navire , Il était un petit navire
Qui n'avait ja-ja-jamais navigué , (bis)
Ohé ohé!

****Ohé ohé ohé ohé matelot, Matelot navigue sur les flots (bis)***

Il entreprit un long voyage, (bis)
Sur la mer Mé-Mé-Méditerranée. (bis)
Ohé ohé!

Au bout de cinq à six semaines, (bis)
Les vivres vin-vin-vinrent à manquer. (bis)

On tira-z-à la courte paille. (bis)
Pour savoir qui-qui-qui serait mangé. (bis)
Ohé ohé!

Le sort tomba sur le plus Jeune. (bis)
Bien qu'il ne fût pas très épais. (bis)

On cherche alors à quelle sauce. (bis)
Le pauvre enfant-fant-fant serait mangé. (bis)

L'un voulait qu'on le mît à frire. (bis)
L'autre voulait-lait-lait le fricasser. (bis)
Ohé ohé!

Pendant qu'ainsi on délibère. (bis)
Il monta sur sur sur le grand hunier. (bis)
Il fit au ciel une prière, (bis)
Interrogeant-geant-geant l'immensité. (bis)

Ô sainte Vierge, ô ma patronne. (bis)
Empêchez-les les les de me manger. (bis)
Au même instant un grand Miracle. (bis)
Pour l'enfant fut fut fut réalisé. (bis).

Des p'tits poissons dans le navire. (bis)
Sautèrent bien-bien-bientôt par milliers. (bis)
On les prit, on les mit à frire. (bis)
Et le p'tit mou-mou-mousse fut sauvé. (bis).

El P. Enrique tenía un numeroso repertorio de canciones infantiles que aprendíamos en las clases de canto y luego en los paseos las cantábamos una y otra vez. Algunas las recordamos más como:

Entre San Juan y San Pedro
hicieron un barco nuevo.
El barco era de oro,
sus remos eran de acero. bis

Una noche muy oscura
cayó un marinero al agua,

se presentó el demonio
diciéndole estas palabras: (bis)

Marinero qué me das
si yo te saco del agua.
Te doy todos mis navíos,
cargados de oro y de plata. (bis)

El piloto era San Pedro,
San Juan era marinero.
Y el capitán general
era Jesús Nazareno. (bis)

Yo no quiero tus navíos,
ni tu oro, ni tu plata,
yo quiero que cuando mueras
a mí me entregues el alma. (bis)

El alma la entrego a Dios,
el cuerpo al agua salada
y el corazón que me queda
a la Virgen Soberana. (bis)

También nos gustaba cantar, bailar haciendo gestos divertidos
con la canción de los tres alpinos:

“Eran tres alpinos que venían de la guerra” (bis)
airarara, rataplán....que venían de la guerra.
“El más chiquito, traía un ramo de flores” (bis)
airarara, rataplán.....traía un ramo de flores...

En esos años de primaria los estudios se combinaban con las actividades lúdicas. Aprendíamos los cursos en una gruesa enciclopedia que traía: *el niño y la salud, castellano, botánica, geografía, historia y aritmética*. También teníamos un libro



de lectura con simpáticas historietas y algunas poesías. Hasta ahora recuerdo retazos de un poema infantil:

*“con su hijo muy ufano, cierto día un pavo real,
presentose una paloma madre humilde de un corral.
¡Oh qué bello es tu hijo!, majestuoso el pavo dijo, tus feúchos se
avergüenzan de lo bello que es mi hijo”.*

Después de las clases cuando tocaba el timbre salíamos al patio que nos parecía gigantesco, era de cemento y asfalto, rodeado de unos árboles que estaban al lado de la vereda. Muchas veces utilizábamos los bordes de la vereda para jugar nuestras carreras de carritos. Frente a la vereda formábamos filas para ingresar a las aulas.

Después de algunas indicaciones nos desplazábamos con riguroso orden, algunos tenían que subir hasta el segundo piso. Las aulas eran altas, con grandes ventanales de vidrios pavonados, que dejaban pasar la luz que



entraba por los laterales e iluminaban todo, no era necesario encender la luz eléctrica.

El edificio de dos pisos ocupaba toda la cuadra de Wilson y Uruguay. Cada edificio tenía una amplia escalera. A las aulas entrábamos haciendo fila pero luego, cuando sonaba el timbre para el recreo, salíamos en estampida para ganar un lugar preferencial en el patio, los que estaban en el segundo piso bajaban las escaleras como podían, saltando los escalones o deslizándose por el borde que había al lado del pasamanos.

El patio era grande, si uno se colocaba en el pasillo, donde se encontraban las aulas, podía apreciar el reloj del Colegio de Belén que estaba enfrente, a la espalda de nuestro colegio, también veía un gran portón por donde entraban, de vez en cuando los omnibuses y una *combi* Mercedes Benz de color guinda y crema, que era de los misioneros seglares de los Sagrados Corazones. Esos vehículos se guardaban en un garaje contiguo al colegio en la calle Rufino Torrico (hoy se llama Jacinto López).

Mirando el portón a la derecha había una hilera de cuartitos de baño que ocupaban toda la pared del fondo hasta el patio de transición. En ese lado del patio y cerca de una estatua del Sagrado Corazón de Jesús teníamos recreo los de primaria.

A la izquierda del portón estaba el quiosco de *Móises*, (su nombre era *Móises* pero nosotros, *no sé porqué*, le decíamos *Móises*). El quiosco estaba siempre muy surtido y era muy concurrido en los recreos. Los mayores conseguían que se les atendiera primero y los más chicos teníamos que esperar (*así era el colegio: los más grandes hacían respetar su jerarquía*). *Móises* tuvo que traer un ayudante, un muchachote alto, más joven que él y que tenía un vistoso y divertido bigote. Nunca supimos su nombre, le llamábamos simplemente *bigote*.

Muy cerca del quiosco había una poza de arena para los



saltos y unas barras y paralelas para hacer ejercicios. En la pista de salto fabricábamos los ñocos para jugar canicas.

Más allá, cerca de la esquina del edificio que daba a la avenida Uruguay estaban los almacenes que guardaban las cornetas, los tambores, las banderas y los fusiles que se usaban para el desfile de fiestas patrias. Y en la misma esquina la cocina. Cuando pasábamos por allí nos quedábamos prendados con el olor de la comida que estaban preparando para los padres que vivían en el segundo piso. De vez en cuando veíamos al Padre Sebastián que era el encargado de la cocina.

Desde las aulas podíamos observar como se paseaban los sacerdotes por el pasillo de su comunidad rezando, *en estricto latín*, el oficio divino. Si nos acercábamos más podíamos percibir el movimiento de sus labios.

La energía infantil

Nosotros en el patio corríamos todo lo que podíamos sin cansarnos y con toda la energía que tienen los niños pequeños, *hacíamos cadenas, jugábamos a ladrones y celadores, también algún partido de fulbito o quinela en los tableros de basket.*



Nuestra actividad lúdica era incansable. Cuando alguien nos invitaba a su casa jugábamos sin parar. Nuestros papás nos habían comprado los juegos que estaban de moda en aquellas épocas. No existían los electrónicos de hoy.

En nuestros cumpleaños nos regalaban unas buenas pistolas con sus cartucheras, algunas eran de fulminante, otras disparaban corchos o ventosas que se pegaban en el blanco para hacer puntería. Poco a poco, *a base de regalos*, completábamos el equipo para jugar *vaqueros contra indios*. Nos vestíamos de *cowboys* con sombrero, espuelas, la estrella de *Sheriff*, o de indios con plumas y ataviados con arcos y flechas. Queríamos emular a los vaqueros de las películas del Oeste que veíamos en los cines o en los chistes que nos compraban: *Roy Rogers*, *Gene Autry*, *Hopalong Cassidy*, *el llanero solitario*, *Red Rider*, etc.

Como olvidar los grandes combates que se organizaban en casa de Coco Pastor en la avenida Brasil. Jugábamos a *vaqueros contra indios* desde las 4.00 pm hasta que venían a recogerarnos, alrededor de las 7.00 pm y no queríamos salir para seguir jugando.

El lunes había que ir nuevamente al colegio. En mi casa mi mamá nos ponía Radio Reloj con el volumen alto. Cuando

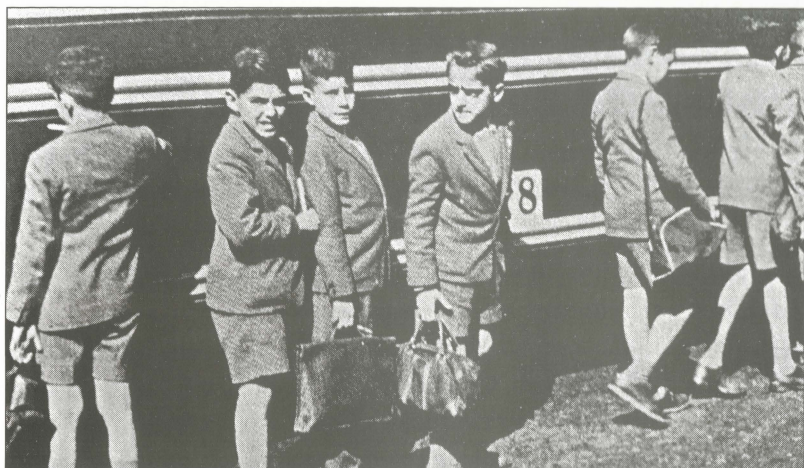
escuchábamos el tic tac y que en cada minuto nos dieran la hora, nos apresurábamos para no llegar tarde al colegio.

Todos los días nos vestían con nuestro uniforme gris, *un ternito* de pantalón corto con unas medias, *grises también*, que llegaban hasta la rodilla. La camisa era celeste jaspeada y la corbata azul. En el bolsillo del saco estaba cosida la insignia.

Llevábamos una buena maleta que pesaba un montón. No era para menos, dentro de ella estaba *la enciclopedia, el libro de lectura, los cuadernos, un block de apuntes y el memorandum* que usábamos a diario para las tareas y avisos. También teníamos nuestra cartuchera llena de *lápices, lapiceros, colores, tarjador, borrador y hasta tinta china y compás para las clases de dibujo*. Dentro de la maleta tenía que entrar el *overall*, que protegía nuestro uniforme de las revolcadas y tropezones que ocurrían siempre durante el recreo.

Los útiles escolares, cuando estaban nuevos, tenían un olor muy agradable, después de un tiempo predominaba el olor a viruta que despedían los lápices tarjados que estaban en la cartuchera o el olor a goma cuando esta se derramaba un poco dentro de la maleta. La usábamos para pegar los recortes en los





cuadernos o las figuritas que coleccionábamos para llenar los álbumes que comprábamos en el quiosco.

Las carpetas que usábamos tenían un agujero para el tintero y una hendidura para la pluma. Eran antiguas y de principio de siglo, cuando todavía llevaban tarros de tinta y plumas con un buen secante; nosotros no solíamos usar las plumas de *tinta mojada*, existían ya los bolígrafos de marca *automático*, que eran los corrientes o el *paper mate* que era más fino y estaba de moda junto al tradicional Parker, que era el modelo clásico preferido por todos.

En las aulas siempre había un crucifijo y las imágenes con los sagrados corazones de Jesús y de María. Tampoco faltaban las láminas colgadas de los cursos de ciencia y un mapa de Palestina para las clases de religión.

La llegada de la televisión al Perú

Cuando estábamos en tercero de primaria llegó la televisión al Perú. Primero, canal 7 con sus programas en vivo, que transmitía desde el piso 20 del Ministerio de Educación. Al principio nos llamó mucho la atención. Estábamos acostumbrados a la radio,

a oír música o a escuchar algún programa cómico como el del Zorro Iglesias o el de la Chola Purificación. Para chicos solo había una *radio novela* que escuchábamos de vez en cuando: “*Poncho Negro*”.

Cuando se instaló Canal 7 la gente se amontonaba en las tiendas donde se vendían los primeros televisores para poder ver las primeras imágenes televisadas en el Perú. Se transmitía con una sola cámara a un cantante delante de una cortina que era presentado por un animador. No había más. Después de la novedad ya no nos interesó más ese canal, que agarró una línea cultural y educativa.

Cuando llega Canal 4 nos prendimos al televisor porque pasaban las primeras series que vimos en nuestra vida: *Jim de la selva*, *los lanceros de bengala*, *los patrulleros del Oeste*, *Rin Tin Tin*, *el niño del circo*.

Después llegó Panamericana con el canal 13 para entregarnos: *Lassie*, *Maverick*, *Cheyenne*, *Furia*, *Bonanza*, entre muchas otras. Tampoco nos perdíamos los programas de Pablo de Madalengoitia y de Kiko Ledgard. Era una televisión sana y llena de valores positivos. No existía la televisión basura.

Más tarde apareció en Canal 9 con radio El Sol que tenía su local a pocas cuadras de la Recoleta y canal 2 con Radio Victoria en un edificio de la última cuadra de la av. Tacna. Rara vez veíamos esos canales que tenían una programación reducida que no nos llamaba la atención.

La televisión no supuso un peligro para nuestros estudios. En los hogares había disciplina y el colegio nos ofrecía otras alternativas para aprovechar el tiempo que eran atractivas. No dejábamos de participar de las actividades que se organizaban, como la famosa kermés recoletana, que preparábamos con tiempo, o los paseos de los lobatos, que eran frecuentes, o cuando nos llamaban para que participáramos en actividades

de ayuda social o con los acólitos para ayudar en las Misas que el P. Armel organizaba en la capilla del colegio, en la Iglesia de la plaza Francia o a la hermosa iglesia del colegio SSCC Belén.

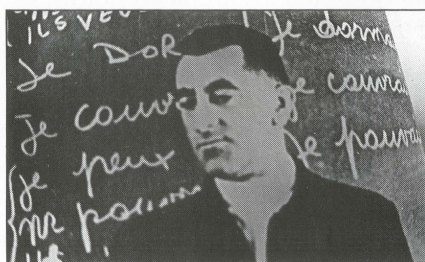
En las fiestas religiosas importantes, como el día de los Sagrados Corazones, o en el aniversario de la toma de la Bastilla, *el 14 de Julio*, teníamos Misa en la Iglesia de la Recoleta. Recuerdo que asistían también los bomberos con sus vistosos uniformes y alguna que otra autoridad importante. Otras veces se organizaban Misas y procesiones en el patio. Como no recordar los desayunos: *cocoa, chancay y sublime*, que nos repartían a todos.

Los padres y profesores

En los primeros años primaria se ocupaban de nosotros las señoritas que estaban a cargo de nuestra aula. Ellas estaban casi todo el tiempo con nosotros. Los sacerdotes entraban para enseñarnos francés o religión. También habían unos profesores laicos para los años más avanzados de primaria.

Tuvimos con nosotros a un profesor de apellido Thosch que llegaba en un Hillman cuadrado que estacionaba en el patio del colegio y nos contaba unos cuentos interesantísimos. Vestía muy elegante, era alto, usaba unos anteojos sin montura que le daban aspecto de hombre culto y profundo. Nosotros a su lado éramos unas *piltrafas*.

Desde niños le teníamos mucho afecto al Padre



Anselmo Le Thieis, nos parecía muy viejito, era como un *abuelito* con un hablar *balbuceante* poco claro y algo monótono, sin embargo para nosotros era un santo varón que nos acompañaba de vez en cuando a los paseos, era amante de la naturaleza y profesor de geografía. Lo notábamos cercano y se ganó desde el primer momento la confianza de todo el salón.

En cambio al Padre José Thomas le teníamos un poco de miedo porque usaba “métodos” antiguos para corregir a los alumnos, pero era una bellísima persona, con mucho sentido común y muy amigable.

Hoy se han *satanizado* de un modo exagerado, a mi modo de ver, los antiguos métodos de educación. Se dice que maltrataban al alumno porque estaban convencidos que “*la letra con la sangre entra*”. Las cosas no han sido, en la mayoría de centros educativos, como las pintan ahora. Como si los sacerdotes hubieran sido personas desalmadas y crueles. Nosotros estamos muy agradecidos de los educadores que estuvieron a nuestro lado, nos trataron con mucho cariño, en un ambiente donde se combinaba la libertad con la disciplina.

Los métodos para la época cumplieron con su función. En primaria cuando nos portábamos mal en clase, la señorita nos arrodillaba en una esquina contra la pared y si persistíamos en nuestra mala conducta nos obligaba a poner los brazos en cruz sin bajarlos. Otras veces cogía una regla y nos daba en los dedos. Si nos botaban de la clase y nos cogía un sacerdote fuera podía jalarnos las patillas o darnos una bofetada. Tal vez llorábamos un poco, pero luego se nos pasaba y nos olvidábamos enseguida del incidente. Si en casa nuestros papás se enteraban de nuestra mala conducta también nos castigaban con un buen *cocacho* o sin dejarnos salir para jugar.

La Recoleta tenía el sistema de los arrestos dejándonos en clase una hora más antes de la salida y a los que cometían más faltas los hacían venir el domingo para quedarse en un

aula a estudiar. Nuestros papás estaban de acuerdo y nosotros nunca nos fuimos contra los profesores porque se usaran esos métodos. Está claro que hoy no se pueden usar, la mentalidad ha cambiado completamente. No quisiera juzgar opinando si la educación está mejor o peor que antes, solo estoy exponiendo lo que vivimos y lo agradecido que estamos con la mayoría de nuestros profesores.

Casi todos los sacerdotes de la congregación vivían en el convento anejo a la Iglesia de La Recoleta, unos pocos tenían sus habitaciones en el edificio de la avenida Uruguay que ocupaban la mitad del segundo piso de la escalera a la derecha. La mayoría eran franceses, solo había 3 peruanos, dos sacerdotes, los padres Gustavo Habersperger y Héctor De Cárdenas y el hermano Lucio.

El padre Héctor, que era jefe de división en media, se ganó la simpatía de sus alumnos que lo querían mucho. El Padre Gustavo era muy bueno con todos, no tenía condiciones de educador pero era muy comprensivo y acogedor. Muchos querían confesarse con él, igual que con el P. Anselmo.

Al hermano no lo pudimos tratar, como tampoco a la mayoría de sacerdotes que veíamos siempre con mucho respeto



y admiración, como el Padre Guenolé Louarn que era el Ministro; Estanislao Kaspezak, el ecónomo, y otros padres mayores como Lázaro Rouy, Nicolás Bilger, Huberto de Meringo, Luciano Metzinger, Luis Dalle, Gabriel Beltrán. Más tarde, cuando estábamos en media, pudimos tratar al P. Marcos Le Page, que era el jefe de los Boy Scouts y a otros que se incorporaron después, los padres Pedro, Hubert Lansiers, José Luis Ramírez, Alberto Lanata y Gastón Garatea, que llegó como hermano cuando nosotros salíamos del colegio y al Padre Andrés Aldasoro, nuestro Jefe de división en 5to de media.



Pasaron muchos profesores laicos en nuestros años de primaria, algunos enseñaban solo en media pero los veíamos pasar. A nosotros nos enseñó el profesor Cáceres, que por su pequeña estatura se quedó con el mote de *mediopucho* y el profesor Hijar enseñaba aritmética y luego continuó enseñando en Monterrico; de vez en cuando entraban al aula el Profesor Larrea, que solía estar en la secretaría del colegio y *Mañuco*, que promocionaba sus vuelos en avioneta y se hizo querer porque nos trataba como campeones.

Unos años muy movidos

Especialmente 3ero y 4to de primaria fueron años muy movidos para mí porque nos cambiamos de casa dos veces. La primera vez nos fuimos a vivir a Barranco y un año después nos regresamos a Lima porque mi papá hizo un largo viaje por Europa para asistir a un congreso en Bruselas. En esos años se viajaba fundamentalmente en barco.

Mudarnos a Barranco nos llenaba de emoción. Era la ilusión de la nueva casa y la cercanía a las playas lo que motivaba principalmente nuestra alegría; detrás de mí, que tenía 10 años, venían 4 hermanos más. ¡Todos felices con la novedad!

La dificultad era la distancia, *que en esos años parecía más*, si se iba en tranvía desde Barranco se pasaba por chacras hasta enganchar con el paseo de la República recién a la altura del Estadio Nacional. El carro iba directamente por Larco y tomaba la avenida Arequipa sin tráfico. De todos modos parecía lejos, además en esa época los carros fallaban, con relativa frecuencia, en el arranque y había que darle a la manivela, o se bajaba una llanta con mucha facilidad, algunas veces reventaba, porque todas tenían cámara.

Alternábamos el tranvía y el carro para ir hasta el colegio. Cuando subíamos al tranvía, el pasaje costaba 15 centavos, le pedíamos a mi mamá (era la que nos llevaba) que nos comprara maní dulce, que lo vendían, en el mismo tranvía, en unas bolsitas junto a los *toffee Brovy*, que se pegaban en los dientes y luego teníamos que ir al dentista con las muelas picadas.

Los fines de semana jugábamos en el parque confraternidad donde correteábamos a nuestro gusto. Allí estaban los columpios, los toboganes y una laguna con los patos que nos parecía enorme, habían botes para alquilar. También vendían, en unas canastas decoradas con un papel rojo, las rosquitas y las habas que nos gustaban mucho. Y como hacía calor no podían faltar los famosos helados Niza, que venían en unas carretillas blancas que hacían sonar sus campanitas. También visitábamos con bastante frecuencia el zoológico, donde nos distraíamos viendo la variedad de animales que siempre nos llamaban la atención.

En el verano bajábamos en el funicular a la playa para jugar con nuestros baldes y lampas junto al mar bajo la mirada atenta

de nuestros padres. Tampoco nos perdíamos las fiestas del Carnaval.

Con tiempo nos alistábamos con *las pistolas de agua, los globos, los chisquetes, las serpentinas y el agua marciana* para divertirnos en el barrio. El sábado en la noche nos llevaban a ver el baile en el parque central de Barranco y el corso que arrancaba de allí con las reinas de belleza y los grandes muñeques que iban en zancos. Ver ese desfile de carros alegóricos decorados con las serpentinas y el *pica pica*, que echaban desde los balcones era para nosotros un espectáculo formidable.

Cantábamos fuerte con toda la gente: *¡Carnaval, carnaval es el grito sin igual! ...¡Vamos todos, vamos a bailar con el carnaval!*

Nuestra estancia en Barranco fue corta, en cuarto de primaria tuvimos que mudarnos nuevamente a la casa de Lima, que era la de mi abuelo. Estaba justo frente al grifo del abuelo de Gino Defilippi, que estaba pegado al colegio Belén en la misma avenida Uruguay. Todavía quedaban días de vacaciones antes de retornar al colegio.

Con los Lobatos no dejamos de tener intensas actividades promovidas siempre por el padre Armel.



Los gloriosos años 60

Quienes cumplimos 12 años en 1960 pudimos disfrutar en nuestra niñez de una década inolvidable, tal vez la mejor de la historia, aunque entiendo que es muy opinable, sin embargo no faltan razones para demostrar las grandes bondades de ese período que hemos vivido con tanta alegría.

Era un tiempo de cambio y de esperanza. Diez años antes habían concluido las guerras más grandes que azotaron el mundo. En la década de los 50 tuvo lugar la reconstrucción de los países destrozados por esas contiendas bélicas y en los 60 empezó una modernización en todos los niveles de la sociedad.

El querer renovarse trajo también serios problemas cuando se empezó a rechazar lo que se consideraba tradicional y antiguo, para iniciar un período de cambios y rupturas que lanzaban a las nuevas generaciones a la conquista de un mundo mejor. En esos afanes también se cometieron muchos errores en los aspectos ideológicos, que luego, con el paso de los años, hubo que resarcir.

Podría hacer un análisis de esa década gloriosa pero no es mi intención entrar ahora en los campos de la historia o de la sociología. Los párrafos anteriores servirán para situarnos en algunas vivencias significativas de nuestros años infantiles y juveniles, de los ámbitos donde nos tocó vivir: *la casa, el colegio y después, la universidad.*

En 1960 entramos a 5to de primaria y usábamos todavía pantalón corto. Nos sentíamos grandes en los ambientes escolares porque éramos los mayores en toda primaria. Mirábamos a los más pequeños como inferiores y defendíamos nuestro derecho de ser tratados como superiores, así de sencilla era la ley infantil y la aplicábamos a raja tabla.

En el patio, donde teníamos nuestro *ubi*, éramos los amos y señores, organizábamos nuestros juegos y decidíamos quién jugaba con nosotros.

Dentro del mismo 5to existían líderes, que estaban bien repartidos en las distintas actividades. Los mejores futbolistas ejercían su liderazgo en la cancha, había que pasarles la pelota a ellos para que hicieran los goles; los *Lobatos* tenían otro liderazgo que dependía del grado que se poseía por haber pasado pruebas o especialidades; los que recibían más propinas se sentían líderes con el dinero que podían manejar y poder comprar golosinas en el quiosco, también podían tener a su servicio a los que les gustaba *gorrear*; otro tipo de liderazgo ejercían los que tenían buena voz y eran llamados para el coro del profesor Jaime Piña. En 5to de primaria pertenecíamos a la primera voz (*voces blancas*) y nos parecía que era la mejor de todo el coro, la que



llevaba la melodía. También surgían liderazgos de conductas marcadas por las broncas y controversias normales del mundo infantil. Todo era muy divertido y a la vez interesante. Fue nuestro modo de entrar en el mundo de los gloriosos años 60.

Los padres nos habían hablado del gran proyecto del nuevo colegio en Monterrico, Nos ilusionaban las instalaciones deportivas: *canchas de fútbol y basket, la pista atlética y la piscina con sus tres trampolines.*

En esos tiempos el local de Monterrico nos parecía muy lejos. El local de Lima lo teníamos frente a la casa, irnos hasta Monterrico nos parecía un viaje largo y complicado, aunque en esos años no había el tráfico de ahora y se llegaba enseguida. Pero en fin, ese problema lo tendríamos a partir de abril de 1961.

Los artistas famosos y la música de los 60

1960 fue para nosotros un año de intensa actividad. A mí y a muchos de mis compañeros nos encantaba la música y solíamos oír las canciones de moda en la radio y a través de la tele. Existían variados programas musicales que veíamos en nuestras casas con la familia. Aparecían allí los cantantes de moda.

Uno de ellos fue el argentino Fernando Borges, que cantaba una simpática y *pegajosa* canción: *La del vestido rojo*, que hizo furor en todo Lima. Fue fácil aprenderse la letra de memoria y cantarla en nuestras reuniones juveniles.

Los artistas peruanos de la época eran: *Pepe Miranda, Joe Da Nova, César Altamirano, Gustavo Hit Moreno, Sergio Murillo* y otros. Se pusieron de moda varias canciones, entre ellas: *La pera madura, siempre balanceándonos, despeinada, quince años tiene mi amor, ciudad solitaria, domingo de sol y calor...* Me acuerdo mucho de haber visto en un programa de la *tele* al *duo dinámico*, con sus famosas baladas que dieron la vuelta al mundo, como:

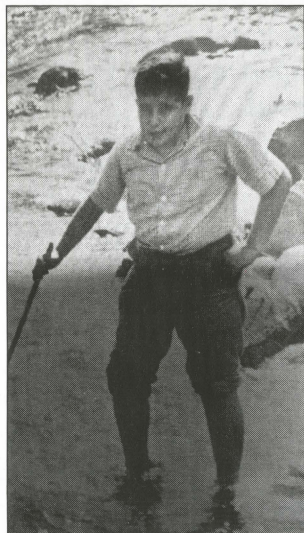
“esos ojitos negros...” también actuaban en la época, con bastante éxito, “Los cinco latinos” y los hermanos Zañartu.

Visitas a los amigos

En 5to de primaria ya podíamos salir solos a visitar a nuestros amigos. Las mamás se ponían un poquito nerviosas pero nos daban los permisos correspondientes. Nos manejábamos con nuestras propinas en los omnibuses y colectivos que habían en Lima.

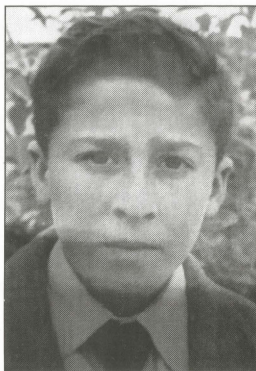
En el colegio tenía varios amigos, pero en 5to de primaria estuve más cerca de Fernando Rojas y Guillermo Miro Quesada. Nos juntábamos en el recreo y nos pusimos de nombre *los tres mosqueteros*. Fernando me invitaba a su casa de Jesús María, mi papá me llevaba en su auto pero como las invitaciones eran constantes aprendí a ir en ómnibus. Tomaba en Alfonso Ugarte el *José Leal* y me llevaba por la av. Salaverry, me bajaba después del *Sophianum* cerca al hipódromo, que allí quedaba. Pasando la pista llegaba rápido a la calle Roma, donde vivía Fernando. Me quedaba toda la tarde en su casa, algunas veces me invitaba al cine San Felipe que me parecía enorme, otras veces montábamos bicicleta por el contorno o salíamos a caminar por el barrio. También venía a mi casa a tomar *lonche* y a jugar con mis hermanos.

Con Guillermo Miro Quesada, íbamos a los cines del centro, sobre todo los sábados a la *matinée*. Recuerdo el día que fuimos al cine Colón para ver al rey del Twist, *Chubby Checker*, que se había puesto de moda en Lima. Fernando, Guillermo y yo éramos Lobatos. Estuvimos juntos



y disfrutamos en muchos paseos y campamentos.

Los cines del centro, que estaban cerca de mi casa eran los que más frecuentábamos: *Central, Tacna, Lido, Colmena, Excelsior, Citty Hall, Roxy, Ritz, Glory, Rivoli, Capitol, Arequipa, Alfa*. Íbamos poco al Le París y al Colón porque solían poner películas para mayores, tampoco frecuentábamos el San Martín o el Metropolitan, porque solo ponían películas mexicanas. Si salíamos un poco del centro íbamos también al *Roma, Orrantia, San Isidro, Azul y a algún otro más*.



Con otros amigos del barrio, *que también estaban en el colegio*, como Ricardo Vivas, asistíamos a los partidos de fútbol en el estadio nacional. Íbamos a pie desde la av. Uruguay, por el Paseo de la República, hasta el estadio. Ese recorrido de ida y de vuelta lo hacíamos todos los domingos para ver *el triplete* del campeonato de fútbol de primera división. Ricardo era vecino, vivía en Carabaya, frente al cine República. Muchas veces salíamos con nuestros respectivos hermanos, también recoletanos.

Recuerdo *como si fuera ayer* los encuentros locales del campeonato de fútbol peruano con los equipos de la época, aparte de Universitario, Alianza Lima, Deportivo Municipal y Cristal, que eran los emblemáticos, estaba el Atlético Chalaco, Ciclista Lima, Centro Iqueño y Porvenir Miraflores. Luego entró con fuerza el Sport Boys, de quien fue dirigente unos años después, nuestro compañero Miguel Monteverde. También aparecieron en primera división Defensor Lima y KDT Nacional.

En el estadio nacional pudimos ver muchos partidos internacionales, por ejemplo cuando vino el Real Madrid para jugar contra la "U", con el famoso *Alfredo Di Stefano*, para mí

el mejor jugador de todos los tiempos, o cuando vinieron el Botafoque con Garrincha y el Santos con Pelé.

Cuando, por algún motivo, no podíamos ir al estadio, nos prendíamos a la radio para escuchar a *Oscar Artacho* en “*El Pregón deportivo*” de Radio Central, la emisora más popular, que transmitía en vivo los partidos de fútbol.

La bicicleta también me gustaba bastante, me habían regalado una cuando estaba en 4to de primaria y tenía que sacarle el jugo. En muchas ocasiones salía con mi hermano Augusto a dar una vuelta por el paseo de la república y el parque de la reserva. Algunas veces nos acompañaba otro vecino del barrio, también recoletano: Ismael de La Puente, que estaba en la clase de mi hermano y vivía en el jirón Contumazá, a la espalda del cine Metro.

Un poco más allá en *Azángaro*, vivía Landa, *el del pelo blanco*, pero no tenía muchas aficiones deportivas. Max Pulgar también era otro vecino que vivía en el edificio Lincoln del jirón Washginton, *en la esquina con Bolivia*; su papá era un extraordinario geógrafo, varias veces me invitó a su casa a unas reuniones culturales, recuerdo que en el living tenía una hermosa pecera. También en la av. Bolivia, *y frente al edificio de Max*, vivían Wilfredo Villanueva y Elías Fernández. A Wilfredo le llamábamos *Palafito* porque era muy delgado, iba a su casa con frecuencia y su mamá me sacaba algo de comer y me pedía que siempre venga a visitar a Wilfredo. Elías, *que vivía al lado*, era fanático de la música clásica. El día que fui a su casa me hizo escuchar “*El Mesías*” de Händel y puso por las nubes a una película que se había estrenado recién: “*Los Diez Mandamientos*”, decía que era la mejor película que había visto en su vida. En el centro también vivían Eduardo San Martín, José Vilchez, Octavio Santa Gadea y Ricardo González Vigil, con ellos coincidíamos en el ómnibus.

Entre la visita a los amigos en sus casas, los paseos en bicicleta, la guitarra, las actividades de los lobatos, el cine y el fútbol se me pasaba toda la vida de aquellos años infantiles que fueron inolvidables. Si tuviera que regresar a la infancia creo que escogería los 12 años de 5to de primaria.

El alcance de nuestros conocimientos

Los estudios de 5to me parecían facilísimos, funcionábamos con una enciclopedia general y un libro de lectura, sin embargo veía con pavor que se acercaban los estudios secundarios y que ya no habría una sola enciclopedia sino un libro para cada asignatura.

Creo que en esa época los niños de 12 años estábamos más enterados de los acontecimientos que sucedían en el mundo que los niños de ahora, que viven encerrados en un mundo virtual.

Mi abuelo y mi papá no se perdían los noticieros de la televisión (*El Panamericano o el Noticiero Conchán*) y era allí donde nosotros nos enterábamos de lo que pasaba. Era fácil para mí retener en la memoria lo que veía en la tele, por ejemplo en “*El Panamericano*” Ernesto García Calderón siempre empezaba de la misma manera:

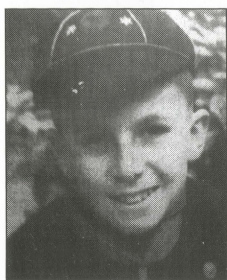
“El Panamericano con noticias y comentarios sobre la actualidad nacional y mundial. Una versión imparcial y veraz de los acontecimientos más importantes del Perú y del mundo, al servicio de la realidad y del interés público”.

Me impresionó mucho cuando este comentarista de la tele falleció joven por una grave enfermedad.

Los niños no nos fijábamos mucho en el fondo de las noticias pero sí nos enterábamos de lo que pasaba, por ejemplo sabíamos bien que Fidel Castro en Cuba había nacionalizado las empresas particulares y que Estados Unidos había iniciado un bloqueo. También celebramos el triunfo de J. F. Kennedy

en las elecciones presidenciales de USA, porque era el primer presidente católico de los Estados Unidos. En nuestro continente nos llamó la atención que Brasil pasara la capital de Río de Janeiro a Brasilia y en los periódicos aparecían las fotografías de la nueva ciudad ultramoderna.

También en 5to de primaria me sentía muy importante porque el P. Armel en los lobatos me nombró Jefe de toda la manada. Tenía en mi chompa tres galones que llevaba con orgullo y en uno de los brazos lucía todas las especialidades que había pasado. Mi rival era Jorge Bernardini que era Jefe de la otra manada y también tenía tres galones. A los dos nos hicieron una foto en el jardín del convento de los Sagrados Corazones y luego la publicaron en el Boletín del Colegio.



Ese año fuimos en dos ocasiones a Paramonga. El P. Armel tenía un amigo apellidado Salmón de la Jara y nos invitaba a pasar los fines de semana en la zona residencial, cercana a la fábrica de azúcar. Dormíamos en unos catres de campaña en las aulas de un colegio local, todos los días asistíamos a la Misa que celebraba el Padre en la parroquia del pueblo, por las tardes usábamos las instalaciones del club para jugar, pero también hacíamos excursiones.

Un día fuimos a las ruinas de Paramonga. *¡Que olor más fuerte a caña y a melaza había!* al pasar por el trapiche de la fábrica de azúcar. Cada vez que huelo a melaza



me acuerdo de Paramonga. Para ir hasta allí con todos los lobatos, en 1960, tomamos el expreso *Sudamericano*, al llegar a la agencia las señoritas de la boletería empezaron a meterse con Ricardo Yori, que estaba en 4to de primaria porque tenía ojos azules. Recuerdo que Ricardo se sonrojaba mucho y el P. Armel tuvo que acudir en su defensa. Como mi mamá me había contado de las curvas y precipicios de *Pasamayo*, en el viaje estuve pendiente mirando por la ventana el mar, con el riesgo de marearme por las continuas vueltas que daba el ómnibus. Al regreso me sentía un héroe por haber cruzado sin miedo por ese lugar tan peligroso.

Otro día fuimos con los lobatos de excursión a Santa Eulalia a la hacienda de los Masa, para esta vez sí contábamos con el ómnibus del colegio, casi siempre el chofer que venía con nosotros era Demetrio. Por su honradez y buena conducta los padres le tenían mucha confianza. Él era además muy amigo de los niños. El P. Armel viajaba siempre con una caja metálica, creo que podría haber sido de galletas, recuerdo que era cuadrada y tenía fondo. Dentro había un montón de cilindros pequeños, que eran los tubos desechados de rollos de fotos. El

padre se quedaba con los cilindros y los utilizaba para guardar agujas, hilos y también las insignias de los lobatos.

En mi casa, cada vez que iba de excursión, mi mamá me preparaba un maletín con algo de comida y siempre colocaba una manzana; mi maletín olía fuertemente a manzana, era algo que me resultaba grato y entrañable.

Para llegar a la hacienda de los Masa en Santa Eulalia, había que caminar un poco. Era un terreno muy grande y adecuado para los juegos y pruebas que teníamos los niños. Al regreso cantábamos las canciones que el padre nos había enseñado: “*Ser lobato de la Recoleta, ¡que cosa tan rica!, ser lobato de la Recoleta, no hay cosa mejor!...*” “*la mar estaba serena, serena estaba la mar....*”

Ese año fuimos a las fogatas nocturnas en el Club hípico del la av. Salaverry que fueron inolvidables. A mí me resultaba todo muy fácil porque el ómnibus del colegio regresaba siempre al frente de mi casa y mis papás no me tenían que ir a recoger, pasaba la pista y ya estaba en casa. A los 12 años me dieron la llave de la puerta y de la reja del edificio. Mis papás confiaban mucho en mí y creo que, *gracias a Dios*, nunca los defraudé.

Del colegio siempre llegaba a la casa sobre las 6.00 pm para ponerme a estudiar hasta que estuviera lista la comida, como a las 7.30 pm. A esas horas en la televisión, que estaba en el comedor, daban las series preferidas. Entre los hermanos nos peleábamos para ver la que nos gustaba más, al final llegábamos a un acuerdo. A partir de las 8.00 pm mi papá tenía preferencia y escogía programas como *Helen Curtis pregunta por 64,000 soles*, o *Scala Regala*, que eran de concurso, también le gustaba *Pablo y sus amigos*, que era cultural, o cómicos como el programa de Lucho Córdoba o el de Pepe Biondi, o las revistas musicales como *el festival cristal de la canción criolla* o *el Show de Muñoz de Barata*. A mi abuelo le gustaba ver *Las memorias de Winston Churchill*, *Combate* y *Un paso al más allá*. Todos estos programas

los veíamos desde el principio hasta el final.

A mí me encantaba ver la televisión al lado de mis padres, y también disfrutaba de esos programas de mayores, sin embargo

como niño me fijaba en cosas marginales que me distraían más, por ejemplo en el *Show de Muñoz de Barata* me aprendí de memoria la canción del producto que lo auspiciaba y hasta recuerdo la letra que decía así:

“Señora, ama de casa, que no falte nunca en su hogar el alimento nutritivo, delicioso y rico al paladar, enriquecido con vitaminas, minerales contiene proteínas, está hecho a base de harina, la más rica, la más fina. Los fideos Nicolini tienen tantas vitaminas, que no falte Nicolini en su cocina”.

En 5to de primaria competíamos entre las dos secciones A y B. La rivalidad se extendía a todas las actividades. Ambas secciones sacamos un periódico mural que lo colgábamos en el patio con el afán de competir: El “Vencedor” y “El Recoletano”. Los periodistas de la B nos esforzamos en sacar además un boletín impreso: “El Recoletano”, con algunos artículos, anecdotarios y dibujos. Todo, menos la carátula, se picaba en *stencil*.



Para armarlo sufríamos un montón, nos quedábamos hasta tarde compaginando y engrampando una por una las hojas para que el boletín pueda salir a tiempo. Todavía siento el olor del alcohol que desprendían los cuadernillos.



El año 1960 se organizó en Lima un concurso Arquidiocesano de acólitos, participamos algunos alumnos del colegio y quedamos en primer lugar. Nos alegró mucho dejar en alto el nombre de nuestro colegio.

Al final de la niñez

Los 12 años puede ser la edad preferida porque se disfruta de la niñez con la esperanza de la juventud. Se piensa que la educación secundaria es de grandes. A los chicos de los últimos años de media los veíamos como señores mayores.

Ese verano teníamos ansias de conocer el nuevo colegio de Monterrico. En la casa hacíamos planes para los desplazamientos. Nos llevarían por la mañana y volveríamos en el ómnibus del colegio al mediodía. A las 2.00 pm tomaríamos nuevamente el ómnibus para estar regresando a las 6.00 pm.

Conforme pasaba el tiempo aumentaba la ilusión de entrar por fin a primero de media.

Pero antes me invitaron a un último paseo con los Lobatos donde nos prepararían para ingresar a la tropa scout.



1961

Antes de empezar el año escolar hicimos un campamento a Santa María de Chosica con los Lobatos que pasaríamos a la tropa Scout. Fue inolvidable y entrañable, participaron también algunos scouts mayores que ayudaron en la organización.

La linterna del Padre Armel iluminaba el cielo estrellado de Santa María. El haz potente destacaba en la noche despejada y parecía que llegaba a tocar las estrellas. *Esas son las tres Marías*, apuntalaba señalando con la luz de la linterna, mientras nosotros, niños todavía, alzábamos el pescuezo para ver bien. El padre no apagaba su linterna hasta que no aprendiéramos bien la lección. *Astronomía* era una de las pruebas que había que pasar para poder lucir en el brazo de la chompa una especialidad más de *Lobato*.

Por las *tres Marías* empezaba todo, estaban tan juntitas y tan alineadas que destacaban sobre las demás y al lado estaba el *Sirio*, una estrella que tenía un brillo especial que llamaba la atención, y muy cerca, *Marte*, el planeta rojo, que tardábamos más en reconocer.

El Padre nos hacía un recorrido por las constelaciones que nos dejaba deslumbrados. Era maravillosa la inmensidad y luminosidad del espacio y en la zona donde estábamos, se veía todo con una claridad espectacular. Millones de estrellas

sobre nuestras cabezas, aunque las 3 Marías destacaban sobre las demás. También alcanzamos a ver *la Cruz del sur*, que en nuestro hemisferio es una referencia muy clara para poder situarse rápidamente en las travesías.

El Padre José Thomas, *que había ido para confesarnos*, nos sentó junto a los lamparines de *kerosene* que estaban colocados en el centro. Con las linternas apagadas empezó una meditación dirigiéndose al espacio estrellado. Nos habló con mucha fe de la Majestad de Dios creador, un Padre amoroso que nos quiere más que a todos los astros. En nuestros corazones infantiles se encendía la llamita del amor a Dios. Nos sentíamos muy bien y con deseos de ser mejores. Era cumplir con el lema que llevábamos en el gorro verde: *“Siempre lo mejor”*.

Al terminar la reflexión, alimentábamos la fogata con la leña seca que habíamos amontonado previamente y enseguida, Juan Carlos Romero, se lucía con el acordeón. *“la mar estaba serena, serena estaba la mar...”* cantábamos liderados por el P. Armel que llevaba con entusiasmo el ritmo de la canciones.

Al final de la noche, cuando la fogata languidecía, nos poníamos de pie, con el calor en nuestros rostros y el frío en nuestras espaldas, para rezar la oración de los *Lobatos*:

“Dulce y buen Señor mío, enséñame a ser humilde y bondadoso, a imitar tu ejemplo, a obedecer a mis padres y a seguir el camino que ha de llevarme al Cielo, junto a Ti, Amén”.

El Padre nos enseñaba ahora la oración que rezan los Boys Socuts recoletanos:

“Señor Jesús enséñame a ser generoso, a dar sin límites, a combatir sin temor a las heridas, a trabajar sin buscar descanso, a gastar mis energías sin esperar en otra recompensa de la que estar cierto de que estoy cumpliendo los deberes de vuestra Santísima Voluntad, Así sea”.

En la mañana, junto a la bandera, recordábamos siempre la promesa que hicimos al ingresar:

“Prometo hacer siempre lo mejor que pueda para cumplir con mis deberes, para con Dios, mi Patria y mis Padres, obedecer a la ley de la manada y hacer una buena acción cada día”.

También el Padre nos enseñaba la promesa que tendríamos que repetir en los *Boys Scouts*:

“Prometo hacer todo lo que de mí dependa para cumplir mis deberes para con Dios y la Patria, ayudar al prójimo en toda circunstancia y cumplir fielmente la ley scout”.

El año 1961 hice que mi papá hablara en el colegio para que me permitieran ir a un paseo con los *Boys Scouts*, antes de hacer la promesa. Al conseguirlo le pedí que me comprara el uniforme en la oficina nacional de Lima que quedaba en la avenida República de Chile. Fuimos una tarde y había todo menos la camisa *Scout* que se había terminado. Como tenía muchas ganas de ir al paseo insistí para que me compraran una camisa *beidge*, de una tela parecida en las tiendas *Anchor*, y así fue. Me fui con mi camisa remangada y estrené un puñal, que mi papá no me quería comprar, pero terminé convenciéndolo. En ese paseo conocí de cerca al jovial P. Marcos Le Pague que era el Jefe de la Tropa de Lima.

Del pantalón corto al largo

Pasar a media era dar un salto de la niñez a la juventud. Estábamos en plena pubertad y eso significaba para nosotros un cambio significativo. La voz se iba volviendo gruesa y los estirones se empezaban a dar con gratas sorpresas para los familiares y amigos que nos veían cada vez más grandes. Lo del pantalón corto en aquellas épocas tenía su importancia porque marcaba bien el paso de la infancia a la juventud. En Europa se usaba pantalón corto hasta los 15 años. Al llegar a esa edad había en la casa como una pequeña ceremonia para

pasar al largo. Pasando al largo ya nadie se ponía el corto. A un adulto no se le ocurría vestir con pantalón corto, solo lo usaban en el deporte. En el Perú no era tan estricto, al menos en nuestra época, aunque la costumbre se fue relajando poco a poco. Se puede apreciar en las fotografías de las promociones que aparecen en el boletín del colegio.

En nuestra clase algunos en 5to de primaria iban con pantalón largo y otros en primero de media todavía continuaban con el corto. Muchos, a pesar de usar el largo para el uniforme, continuábamos con el corto para salir de paseo o cuando estábamos en nuestras casas.

Recuerdo, como si fuera ayer, el primer día de clases del año 1961, había sol, formamos en el patio, donde ahora hay construidas unas aulas de primaria, frente a los pabellones de secundaria.

Todo el colegio se había mudado menos cuarto y quinto de media que se quedaron en el local de Lima. El P. José Thomas dirigió unas palabras y después de los cantos respectivos, los *himnos de Francia, del Perú y del colegio*, pasamos ordenadamente a las aulas que tenían ventanas *vitroven*, puerta corrediza y dos pizarras verdes como novedad.

El terreno del colegio era muy grande y extenso. Se había construido un pabellón de dos pisos donde estaba la entrada, la zona de recepción y las oficinas. En el segundo piso quedaba la capilla y los salones para las actividades extracurriculares. Los otros pabellones de las aulas, eran de un solo piso y cada uno tenía su patio.

El entusiasmo del primer día se reflejaba en nuestras caras. Teníamos un patio propio y un estadio gigante para nuestras actividades deportivas.

Estábamos felices con nuestro nuevo colegio. Primero de media nos parecía un año serio, cada asignatura tenía su libro

y los profesores se empeñaron en exigirnos más, tal vez porque querían empezar con nuevos bríos en el colegio que se estaba estrenando.

Todos los cursos me gustaban mucho y un poco menos las matemáticas. Me *jalaban* mucho las canchas deportivas. Mi afición por el deporte había crecido con la bicicleta y los partidos de fulbito que jugaba con mis amigos. Cuando vi el estadio quedé fascinado.



También estaba feliz porque en 5to de primaria nuestro coro había ganado el concurso de coros escolares en Lima, con el hermano mayor de Ricardo González Vigil que se lució como un gran tenor y nosotros que cantamos en el Canal 4 con el orgullo de representar a nuestro colegio. El día que regresó el Profesor Piña nos llevó a los del coro a ensayar en los camarines del estadio. Allí cantamos las canciones que habíamos aprendido desde cuarto de primaria: *Himnos de Victoria, Que viva el Corazón de Jesús, Tu Corazón Jesús, el lago de los cisnes y el Menú.*

Como olvidar esa letra tan graciosa que hace una mixtura de términos gastronómicos entre España y el Perú. Era un arreglo del profesor Piña : *Un chanchito asado con patatas fritas, seso, hueso, hígado, liebres con ají, sopas de unas tortolillas, caldo de tortuga, sopa húngara con pernil y oreja, gran chorizo parisién, huevos al sartén. Pollo asao, asao, asao con ensalada. Buen menú Señor...*

También me encantaban las actividades extracurriculares, que empezaron a multiplicarse en el colegio en un horario especial: *el club de teatro, los acólitos, el club de periodismo, las competencias de atletismo y el club de música.*

Desde que empezó el año escolar tratamos de aprovechar al máximo el estadio con todas sus instalaciones. Nos parecía que era todo exclusivamente para nosotros.

Eran los años en que el colegio no pasaba de 700 alumnos. Todas las tardes procuraba quedarme de 5.00 a 6.00 pm a las actividades deportivas. Llegaba a mi casa cerca de las 7.00 pm cansado pero contento. Recuperaba enseguida y al día siguiente estaba preparado para seguir mis “Intensas” actividades en primero de media, hasta que llegaran las vacaciones.

Los clubs que funcionaban después de clases me atraían mucho, especialmente el de teatro y el de música. Siempre fui muy amigo de las representaciones. Cuando había una actuación en el colegio era de los primeros en ofrecirme para actuar. Tenía buena memoria para aprenderme bien los papeles que me tocaba representar. Hicimos algunas obras y la presentamos en el escenario que se construyó en uno de los patios del colegio.

Como me gustaba mucho el cine mi afición por las películas fue creciendo de día en día. Además el año 1961 fue el de las grandes producciones cinematográficas. Nos creíamos grandes para comentar entre nosotros las películas que estaban en cartelera. Se estrenó *West Side Story*, con una música sensacional que llegó en un 33 rpm.

Mi papá me compró un 45 rpm con la canción *María*, que me la aprendí enseguida. Cuando fui al cine para verla me di con la sorpresa de que era para mayores y yo todavía estaba en los 12 años. Me tuve que contentar con ir a ver *El Cid Campeador*, que se estrenaba en Lima ese mismo año. Recuerdo que fui con mi amigo *José Vilchez* a la matinée del moderno cine Tauro del centro de Lima.

Con un amigo decidimos conocer todos los cines de Lima y llegamos a cumplir con ese propósito. Por otro lado pedía a mis papás que me regalaran en mi cumpleaños o en las Navidades

todo lo que tenga que ver con el cine y la fotografía y así tuve varias cámaras fotográficas, un proyector de cine, una filmadora y también una grabadora. Soñaba con utilizar todo para hacer alguna película.

Junto al proyector me regalaron algunas películas de 8 mm que guardaba como si fueran joyas, tenía una de *Abbot y Costello*, otra de *Chaplin* y también del *gordo y el flaco*, tenía otra futurista de una nave espacial que despegaba con grandes luces. No duraba más de 5 minutos y la ponía repetidas veces. A mis hermanos, que eran más pequeños, les hacía funciones de cine colocando en el comedor las sillas como si se tratara de una sala de estreno, mis papás también acudían a esas sesiones. Cuando me regalaron la filmadora estaba feliz porque las películas eran a color. Venía el rollo *Kodak* en unas envolturas amarillas de un grueso papel platinado. Había que meter el rollo en la filmadora con mucho cuidado para que no se velase. Al terminar de filmar, no duraba más de 3 minutos, el rollo volvía a su envoltura y se enviaba a los Estados Unidos para revelarlo, al cabo de 15 días llegaba la película para ser estrenada en casa. Yo miraba los días del calendario ansioso de tener la película en mis manos y poder verla.

La primera película que filmé fue el día de mi cumpleaños cuando invité a mis amigos de la clase al circo África de fieras que quedaba en la av. Bolivia a dos cuadras de mi casa. Como me parecía lógico me gasté todo el rollo en tomar los números del circo, los trapecistas, algún payaso y se acabó la película. No se me ocurrió filmar a mis amigos que habían venido conmigo. Cuando me entregaron la película revelada estaba oscura y con excesos de movimiento, con las justas se podía apreciar algo. Todavía no tenía la técnica que luego pude adquirir para las siguientes películas.

Ahora he podido recuperar en DVD algunas tomas de esos años de filmación.

Con mis compañeros de clase seguíamos yendo al cine con relativa frecuencia. Vimos las grandes superproducciones de esos años como *los 10 mandamientos*, *Espartaco*, *Rey de Reyes* y *las musicales como La Novicia Rebelde*. No se quedaban atrás las cómicas de Cantinflas, que estaban de moda en aquellos años.

Los fines de semana solía salir con mi familia de paseo a Huampaní y regresábamos temprano para ir con ellos a la *vermouth*. Con mis compañeros de colegio iba al cine los sábados a la *matinée*. Recuerdo un día que fuimos 15 compañeros de clase al cine Bijoú, que se acababa de estrenar en el centro de Lima, era muy pequeñito. Ese día armamos un *bolondrón*. Estuvieron a punto de botarnos de la sala. En vacaciones aprovechábamos las ofertas del lunes femenino para seguir viendo películas.

La ilusión del escultismo

Con la tropa Scout hice mi primer campamento a Chocas, entré a la patrulla de los Lobos, mi lema fue “*Lobo audaz*”; el jefe de mi patrulla era Alberto Sarmiento.

Fue un campamento estilo militar, muy estricto y exigente. El P. Marcos, con los de la *Staff*, iban de patrulla en patrulla. Llevaban guantes blancos para hacer las revisiones de las ollas, pasaban el dedo y si los guantes se manchaban nos bajaban puntos. Todo tenía que estar reluciente.

Competíamos en preparar, antes que las otras *patrullas*, las respectivas comidas para poder gritar primero: *¡rancho listo!!* Después íbamos al río para lavar los platos, las jarras y las ollas.

Por las tardes se pasaban pruebas y se ensayaban los números artísticos para la fogata nocturna, todo puntuaba. En las noches había que hacer guardia mientras se dormía y como era novato me hicieron una *novatada*: al cruzar por un lugar oscuro durante mi turno; se escondieron detrás de unos árboles, me salieron



al encuentro y me metieron en un costal; menos mal que no pudieron arrojarme al río como lo habían hecho con otros. Me dí un susto tremendo, sin embargo, aunque fueron fuertes las exigencias y duras las órdenes de los jefes, yo salí muy contento de mi primer campamento con los *Boys Scouts*.

Un año de acontecimientos

En 1961 salió el primer hombre al espacio, fue el ruso *Yuri Gagarín*. Desde el colegio seguíamos las noticias y la carrera que hacían los rusos con los gringos por la conquista del espacio.

Después le tocó al americano. *Alan Shepard* fue el elegido entre los 110 pilotos militares de pruebas que aspiraban a protagonizar el primer viaje espacial tripulado de EE UU. Despegó a bordo de la '*Freedom 7*' el 5 de mayo de 1961 desde Cabo Cañaveral (Florida), dentro del proyecto *Mercury*. La misión, suborbital, duró sólo 15 minutos. En el colegio jugábamos tirando los caracoles que encontrábamos en el jardín como si fueran los hombres que salen al espacio.

Al terminar el año

En primero de media no me fue tan bien en matemáticas, aprobé con susto. Los demás cursos los aprobé y en los deportes tuve las mejores notas. Con los entrenamientos diarios me fui preparando poco a poco para especializarme en los 100 mts planos.

Los exámenes finales eran escritos y si no se aprobaba había que pasar por el oral, con el susto de que tocara algún jurado del Ministerio de Educación, que siempre nos parecía más severo y exigente que los profesores del colegio. Después venían las ansiadas vacaciones de 3 meses.

1962

El año pasó volando. Nos enteramos por el periódico de la terrible guerra en *Vietnam*. En las noticias que nos llegaban todo era favorable a los Estados Unidos que también había puesto en órbita a *John Glen*, astronauta que dio tres vueltas a la tierra, algo grandioso. En el colegio, con ocasión de la canonización de *San Martín de Porres*, se organizaron Misas de acción de gracias y nos hablaron bastante del santo moreno. Nos sentíamos orgullosos de tener un segundo santo peruano, después de *Santa Rosa de Lima*.

Ese año hubo un golpe de estado en el Perú. Manuel Prado fue derrocado por el General Ricardo Pérez Godoy que gobernó con una junta militar durante un año, convocó a unas elecciones que fracasaron y tuvo que volverlas a convocar para que salga elegido Fernando Belaúnde Terry.

Las exigencias del escultismo

Siempre he pensado que la tropa Scout es muy útil para la formación de los niños y adolescentes en el campo de la disciplina y los valores cívicos. Al menos en nuestras épocas había un nivel de exigencia y unas metas reales de ser mejores para ayudar al prójimo.

Me parece que hoy se promociona demasiado a los chicos para que sean líderes y alcancen niveles de excelencia

profesional, pero se olvidan de formarlos en una disciplina que los haga buenos servidores del prójimo.

En 1962 seguía en la tropa scout, muy ilusionado con las actividades que se organizaban para lograr crecer en el servicio a los demás.

Hicimos varios campamentos a Cieneguilla, era un lugar encantador para las metas que nos proponíamos, porque había *un buen bosque con leña abundante para la cocina y las fogatas, un río cercano*, medio seco, pero con varios riachuelos donde nos lavábamos todas las mañanas para salir corriendo y correctamente vestidos a la formación delante de la bandera. En el río también lavábamos las ollas y la vajilla para que quedara todo brillante y así poder ganar más puntos a la hora de la revisión.

Para los campamentos nos habíamos entrenado, desde el *punto de vista técnico*, para instalarnos lo más rápido posible sin perder el tiempo. Con los báculos y las soguillas armábamos unas mesas consistentes para las comidas, con barro y piedras construíamos una buena cocina y el horno lo fabricábamos con una lata grande de galletas que le pedíamos a *Lugón*. Detrás de los matorrales instalábamos el *pozo de la dicha* y un poco más lejos, las letrinas.

Cada campamento tenía necesariamente una larga preparación previa que permitía conseguir y ordenar todos los elementos indispensables para acampar.

En la primera reunión se elaboraba una larga lista de lo que había que comprar y se hacía el menú para todos los días. Los integrantes de la patrulla salíamos



en pleno a comprar al mercado. Como el plástico todavía no se había difundido, nos entregaban unas enormes bolsas de papel que las colocábamos en unas cajas de madera pintadas del color de la patrulla, las nuestras eran negras y amarillas.

Las cajas de los alimentos y las de las ollas pesaban bastante. Las cargábamos entre dos personas hasta el ómnibus del colegio que nos llevaba hasta el lugar del campamento. Allí metíamos las antiguas carpas de lona gruesa, con sus largos palos, y una bolsa de tela con las estacas de fierro. En los asientos, al fondo del ómnibus iba todo, y en el pasillo los báculos.

Lima 1 tenía en esos años 6 patrullas: *Lobos, cóndores, tigres, zorros, águilas, pumas y castores*. Cada patrulla tenía su material propio. Los desplazamientos significaban siempre el esfuerzo y el espíritu de sacrificio de cada uno. Había que tener necesariamente una disciplina militar y muy buen humor para que todo camine bien.

En el mercado comprábamos los ingredientes para que la cocina sea de calidad: *la harina y la levadura para hacer el pan de cazador, el molde para la torta, y los sobres para la sopa y refrescos*. Teníamos cajas llenas de verduras, frutas y conservas de todo tipo.

Uno de los campamentos a Cieneguilla fue durante las vacaciones de Fiestas Patrias, duró una semana entera. Todos los días el padre celebraba por la mañana la Santa Misa. Después empezaba un programa intenso que incluía la preparación de la comida y diversos juegos de adiestramiento. Como Cieneguilla estaba cerca de Lima recibíamos la visita de nuestros familiares que se quedaban impresionados del esfuerzo y la disciplina que veían en nuestras actividades.

En la noche no podía faltar la fogata con los números musicales que terminaba con el famoso canto de despedida agarrándonos de las manos con los brazos cruzados: *“Por que perder las esperanzas de volverse a ver, por qué perder*

las esperanzas si hay tanto querer...”

En otra ocasión acampamos en Salamanca de Monterrico. La zona del campamento estaba frente al molino de Chang (*recoletano, dos años mayor que nosotros*), en la antigua Panamericana. Esos terrenos están ahora totalmente urbanizados. Detrás de la pista había una acequia muy grande y una arboleda considerable, mucho más al fondo y al lado de un enorme tanque de agua se iniciaba, *con unas pocas casas*, la nueva urbanización *Salamanca de Monterrico*. Todo estaba rodeado de terrenos de cultivo.



Una noche, cuando estábamos en las carpas durmiendo, después de haber tenido una larga fogata donde contábamos historias de terror, llegaron dos camionetas que nos despertaron con sus potentes luces, eran los familiares de nuestro compañero *Miguel Wakeham* que venían a visitarnos. Estaban tan cerca que se animaron a pasar por allí. Es que nosotros, cada vez que podíamos acampábamos, aunque sea en el colegio. Nos encantaban las fogatas nocturnas, ver las estrellas en la oscuridad de la noche y meternos a dormir en una carpa.



Los viajes del colegio a la casa

Segundo de media fue un año de asentamiento en los estudios escolares después de haber pasado por un difícil primero de media. Mis notas mejoraron sin que disminuya la dedicación al escultismo, al deporte y a las actividades extracurriculares que organizaba el mismo colegio.

Cada día comprobábamos que el tiempo se nos pasaba volando. De pronto por la tarde, cuando caía el sol sonaba el timbre y salíamos a formar para subir a las movilidades. Todos los días regresábamos a nuestras casas en un ómnibus grande. El colegio había adquirido una nueva flota con 8 flamantes *Blue Bird*. Nosotros, *chicones aún*, no nos dábamos cuenta el gasto que suponía mantener una flota así, solo para recogernos y llevarnos a nuestras casas. Mientras estuvimos en el colegio funcionó muy bien, unos años después tuvieron que vender esas movilidades y alquilar un servicio.

Al chofer que nos llevaba a la casa le pusimos *Pancho Villa*, por los frondosos bigotes que tenía. Era parecido al artista mexicano. El profesor Larrea, que enseñaba lenguaje en primaria y fue secretario del colegio, nos cuidaba en los recorridos desde el colegio hasta nuestras casas. Eran cuatro viajes, porque regresábamos para almorzar.

Dentro del ómnibus se reflejaba la sociología peculiar de nuestro mundo escolar fuera de las aulas: *líderes que mandaban*,

chicos que iban leyendo, otros que conversaban todo el tiempo y de vez en cuando: manifestaciones colectivas ruidosas que podían incluir un apanado... Vivíamos con intensidad esos largos recorridos que marcaron unas vivencias inolvidables, ¿quién no recuerda a sus compañeros de viaje y las amistades que se forjaron en esos recorridos?

La música y el coro

En segundo de media pasé a la segunda voz del coro, me gustaba más la primera. Como tenía facilidades para la música y hacía mis pininos en la pianola de la casa, mi papá me inscribió en unas clases de piano que daba el profesor Piña en su casa de la av. Arenales. Fui durante una corta temporada. El profesor lógicamente se empeñó en enseñarme música desde los inicios, me hacía solfear y leer en el pentagrama los tiempos para poder tocar mis primeros ejercicios, con la compañía del metrónomo. A mí me parecía aburridísimo y sin decirle nada me aprendía de memoria las piezas; cuando el profesor se dio cuenta se molestó conmigo y eso bastó para que me retirara perdiéndome esa gran oportunidad que ahora me gustaría tener; fue entonces cuando pasé a esmerarme más con la guitarra.

Actividades espirituales

Otro recuerdo, *que tuvo para mí un significado especial y que tiene que ver directamente con la educación recibida en el colegio*, es el tiempo empleado para los temas espirituales: ayudar Misa y aprender con esmero todo lo que se refería al culto.

En la semana santa el P. Armel solía convocar a un grupo de *acólitos* para ayudar en los oficios que se realizaban en la iglesia del colegio Belén, que estaba frente a la Recoleta. Primero eran los ensayos y para eso a cada uno nos daba una función. Los chicos que acudían allí no eran los amigos habituales con los que paraba en el colegio, eran chicos *buenos*, y bastantes tranquilos que el padre había escogido de los distintos años de media.

Lo que motivaba mi presencia en esas actividades era un sentimiento fuerte de querer estar cerca de Dios. Solo pensaba que debía estar allí, superando “*vergüenzas*”; aunque luego mis amigos me hicieran bromas al verme vestido de monaguillo.

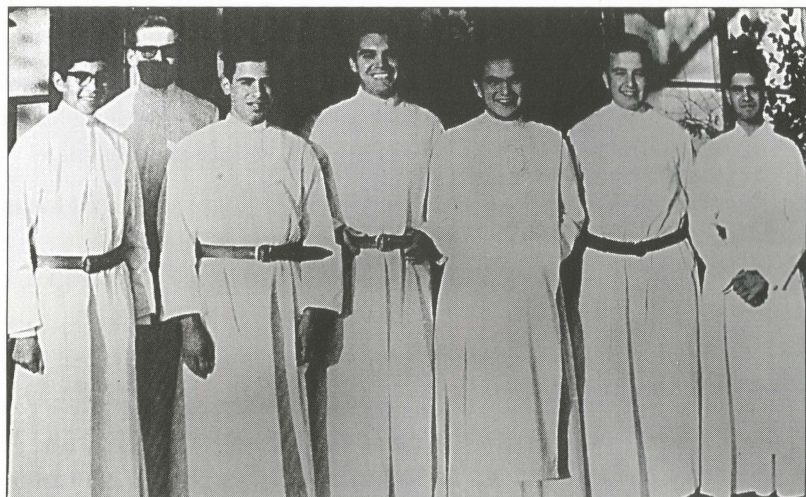
En esas ceremonias algunos padres del colegio y las religiosas del Belén nos miraban con una *cara de bondad* que a mí no me gustaba mucho. Nos ayudaban a revestirnos y se les escapaba comentarios *píos* sobre nosotros que me sonrojaban; lo que decían no calzaba mucho para mí, no iba con mi ímpetu juvenil en esos años de pubertad.

Los oficios del colegio Belén los presidía habitualmente el Cardenal Landazuri que a la sazón era el Arzobispo de Lima. Antes de empezar, *en la sacristía*, se dirigía a nosotros para animarnos a ser buenos cristianos y a seguir, si era *nuestro camino*, la vocación sacerdotal; siempre le acompañaba el P. Ramiro, otro franciscano que era su familiar y secretario.

Yo los miraba con susto y respeto sin atreverme a responder nada. No me encontraba cómodo en esas situaciones. Terminados los oficios me iba corriendo a la casa. Muchas veces hice el propósito de no volver más, pero otra fuerza mayor me hacía regresar.

El Padre Armel, era muy piadoso y trasmitía fácilmente su amor a Dios con un liderazgo que arrastraba. Creo que cuando nos hablaba la mayoría quería ser mejor. Con los niños tenía una buena capacidad de persuasión. Se veía que amaba con pasión el sacerdocio. Algunas veces colocaba en el patio unas pizarras que decían en letra grande: “Paseo para los que quieran ser sacerdotes” Nunca fui a esos paseos pero no dejaba de inquietarme esa convocatoria.

De niño pensaba que en los seminarios estudiaban chicos de conducta intachable y de alma inmaculada. Creía que para ser sacerdote había que ser prácticamente un ángel y que los seminarios eran como el cielo. Sin embargo veía que a esos



paseos se apuntaban chicos que iban solo para divertirse y no por vocación. Yo no me sentía en condiciones para apuntarme.

También vi en esos años que algunos chicos, de las promociones anteriores, habían ingresado al seminario de los Sagrados Corazones (Los Perales) en Chile, fueron media docena si no me equivoco. Estuvieron muy poco tiempo y se salieron, la mayoría habían estado con nosotros en los Boys Scouts, eran muy buenas personas.

Creciendo con el deporte

Al tener más medios para nuestras actividades deportivas los alumnos mejorábamos casi sin darnos cuenta. Aparecieron verdaderos campeones en las diferentes disciplinas. La Recoleta se volvió líder en los campeonatos deportivos; sin embargo, al margen de las actividades oficiales del colegio, cada uno tenía sus gustos y preferencias.

En la clase apreciábamos las invitaciones de Ricardo Bentín a las canchas del Cristal para jugar algún partido de fútbol, nos encantó también cuando Plácido Galindo, que era dirigente de

Universitario de Deportes, nos dio una charla de fútbol en el colegio que incluía una sesión de entrenamiento.

Al profesor Guerrero no le gustaba mucho que jugara partidos de fútbol porque podría malograrme para las pruebas de atletismo, pero yo no podía hacer ese sacrificio tan grande y me escapaba para jugar mis pichanguitas.

Como estaba encandilado con todos los deportes, ese año me metí a lanzar disco y jabalina, aunque no eran pruebas de mi especialidad. Hice también salto largo y triple. Todos los días me levantaba tempranito para ir en el ómnibus que salía de la plaza Francia a las 6.00 am llegaba al colegio a las 7.00 am y me metía en la piscina. Me sentía muy bien y despejado a la hora de empezar las clases.

Los amigos de segundo de media

En 1962 salía con más frecuencia de la casa para visitar a mis amigos, ese año reforcé la amistad con Luís Pérez Traverso y alternábamos las invitaciones a nuestras respectivas casas; siempre nos esperaba un *lonchecito* que preparaban nuestras mamás.

En esos tiempos ir a la casa del amigo era un pretexto para salir a la calle, pero con Lucho hicimos una gran amistad y nos apoyábamos mutuamente. Él vivía en Jesús María; para llegar a su casa tomaba en la avenida Alfonso Ugarte el *José Leal*, una línea de omnibuses viejos y destartalados que iban inclinados, me bajaba frente al Ministerio de Salud en Salaverry a la altura de la calle 6 de Agosto, caminaba media cuadra y llegaba.

Otras veces me acercaba donde Daniel Moscol que vivía en el mismo barrio. Allí nos juntábamos varios de la clase para salir a jugar *fulbito* detrás del Ministerio de Salud. Jugábamos toda la mañana durante las vacaciones. Otras veces nos reuníamos por tarde en la casa de Daniel para ir al cine o al

Estadio Nacional. También íbamos con mucha frecuencia a la matinée del Mariategui.

Cuando Lucho Pérez venía a mi casa nos íbamos a los cines del centro que eran salas de estreno: *Metro, Tacna, Lido, Central*, también se juntaban con nosotros Jorge Pazos, Daniel Moscol y Hernán Pflucker.

A Lucho le gustaban mucho los aviones a control remoto y nos íbamos al parque de la reserva, cerca de la casa de Hernán, con un modelo que él había armado y que los hacía competir con otros.

Antes, en nuestras casas armábamos los aviones, desde el *mosquito* que era el más elemental porque volaba por acción de una liga enrollada, hasta los más sofisticados que volaban con *motorcitos* de gasolina. Todavía recuerdo el olor a gasolina y el sonido de la hélice cuando la accionábamos para que prendiera el motor.

En las temporadas de las ferias nos subíamos a los juegos mecánicos que llegaban a Lima: *las sillas voladoras, el trompo, el tren fantasma, la casa de los locos, la rueda Chicago*. Un día nos *alocamos* al subir a una pequeña montaña rusa que llegó a una feria de La Victoria. Otro día, con Lucho Pérez, subimos por primera vez a una rueda Chicago doble que había llegado al campo de Marte. Cuando se estrenó el *Bowling* de Miraflores también empezamos a frecuentarlo durante una larga temporada y aprendimos a jugarlo bastante bien.

Los fines de semana salíamos con nuestros papás de paseo a lugares más lejanos. Un domingo, después de asistir a Misa, la familia de Lucho me invitó a salir con ellos. Fuimos a un restaurante que estaba junto al viejo puente colgante de Chosica y que había sido muy famoso. Otro día fuimos con mis papás y mis hermanos al *Rancho* para manejar los famosos *Chachi Karts*, y comer luego unos mixtos calientes con Coca Cola. En

la temporada de fiestas patrias no podíamos dejar de ir al Circo alemán Bismark, que se había puesto de moda. Algunos días por la tarde nos escapábamos al Tambo a tomar un *Zambo* si era verano, o un Hot Dog con Milkshake, en invierno. Si era sábado aprovechábamos para ir a la *matinée* del cine Arequipa.

Lucho Pérez me contaba que tenía una vecina que era su enamorada y que se llamaba *Janette*, me enseñó dónde vivía pero nunca me la presentó y tampoco lo ví que saliera con ella. Hasta ahora no se si era real o si se trataba de un amor platónico.

1963

En verano de 1963 se organizó en Lima un campeonato sudamericano de Basket. Con mis amigos del colegio no nos perdimos ningún partido. La sede fue el estadio nacional, en medio de la cancha de fútbol se colocó una tribuna dirigida hacia el norte y quedó un enorme coliseo.

Nos dirigíamos a pie desde la casa de Lucho Pérez y entrábamos a las galerías de la tribuna norte del estadio. Por primera vez se usaba tablero de vidrio en los castillos, suelo de parquet y tablero electrónico. El Perú tenía unos jugadores gigantes: los hermanos Ricardo y Raúl Duarte; completaban en equipo Enrique Duarte, el Pulpo Sangio, Saldarriaga y Cipriani, que era el capitán, a pesar de ser el más bajo de todos.

El ambiente dentro del estadio era impresionante. Había una competencia de barras. El *Pecoso Ramírez* desde el borde de la cancha nos hacía gritar a todos: *¡Arriba Perú!* cuando aparecía nuestro equipo en la cancha. Un uruguayo con un potente *vozarrón* pregonaba con fuerza: *¡Arriba el Uruguay! Esto es un paseo ¡Arriba la celeste!*. La gente se reía porque solo se le oía a él.

El Perú quedó en primer lugar (al lado de Brasil) con el equipo más emblemático que ha tenido en toda su historia. El partido con Argentina fue impresionante por la canasta que metió Juan Luís Cipriani casi desde media cancha para voltearle el partido

antes de que suene la *chicharra*. Todos saltamos entusiasmados y Nicomedes Santa Cruz, que estaba en primera fila, lo levantó en hombros y lo paseaba por la cancha entre los vivas y *hurras* del público.

Antes de empezar las clases en tercero de media

Las clases en el colegio empezarían, como todos los años, en abril. Nos habían dicho que tercero era el año más difícil de la secundaria porque se tomaban las decisiones más importantes de la vida. Al terminar el año había que decidir, *por ejemplo*, si se seguía ciencias o letras, para poder entrar a cuarto de media. Además la mayoría cumpliríamos los 15 años de edad, que era como una etapa que marcaba el desarrollo de la adolescencia.

Las fiestas quinceañeras empezaban a multiplicarse. Recuerdo que Jorge Pazos organizó una en su casa de la avenida Mariátegui de Jesús María. Con Lucho Pérez escogimos varios 45 rpm con las canciones que nos gustaban, era la época del Twist y estaba de moda el Twist del conejo, que ese día lo pudimos bailar repetidas veces.

Llegamos a la casa de Coco como a las 6.00 pm elegantemente vestidos con nuestros ternos, (era como se iba en esa época a las fiestas). Con los de la clase nos pusimos a conversar en el *living* sobre los discos que habíamos traído, todos de la nueva ola, hasta que llegaron las chicas. A golpe de 7.00 pm ya estábamos bailando. La fiesta duró hasta las 10, tres horas seguidas con una mesa servida con bocaditos, dulces y gaseosas para alternar con el baile. A partir de esa hora venían los papás para recoger a las chicas, cada una se iba con su familia. Los hombres nos quedábamos solos y cada uno funcionaba por su cuenta. Ese día salimos en mancha hacia el cine Mariátegui, que estaba a unas cuadras, entramos un rato y enseguida nos fuimos porque la película ya estaba comenzada y además no podíamos llegar tarde a nuestras casas. Nos esperaban antes de las 11.

Pienso que en nuestras épocas era todo mucho más sano que ahora. Si sacaban algo de licor era muy poco y las chicas no bebían nada. Teníamos 14 años de edad y estábamos en plena adolescencia.

A esas edades nuestros papás y los profesores nos hablaban de la crisis de la adolescencia. La verdad es que yo no sentí nunca nada especial. Pasé todo el año sin ser consciente de que tendría que pasar por alguna crisis o algún cambio. Para mí fue un año muy bonito y lleno de gratas impresiones y motivaciones que me entusiasaban.

Se iniciaron las clases

La Misa del inicio del año se celebró para todo el colegio en el garaje de los *omnibuses*, para dar cabida a todo el alumnado. Estábamos bajo las calaminas del garaje. Ese día lloviznaba. Recuerdo que viví la Misa con una inusitada intensidad, *tal vez yo solo* me encontraba especialmente recogido, en esos momentos sentía una alegría especial que recuerdo siempre con emoción.

Hacia mediados del primer semestre, Luís Pérez me dice: *“han abierto en Miraflores una residencia para estudiantes y Cipriani va a dar una charla, ¿te animas a venir?”* Así fue como conocí el Opus Dei, en el primer semestre del año 1963 cuando tenía 14 años. A Lucho le agradezco esa invitación que cambió toda mi vida y que empezó a marcar con más fuerza mi vocación sacerdotal.

Por otro lado en el colegio había puesto *fierro a fondo* con el atletismo, todos los días me quedaba por la tarde para entrenar 100 metros planos. Era uno de los velocistas del colegio y además, como me gustaban las otras disciplinas deportivas, también me metía a competir. *Hice 110 con vallas, 400 metros planos, maratón de 5 km dando la vuelta al golf de Monterrico, jabalina, martillo y salto triple.*



El P. Hervé, *que era un hombre emprendedor*, había organizado y modernizado el boletín del colegio con un equipo de gente que él lideraba y también fue el fundador del ADECORE, que empezó con nosotros en la Recoleta.

Se formaron atletas para las distintas especialidades y ganamos varios campeonatos. Recuerdo que entrenábamos juntos: *Gino Solimano, Sebastián Montesinos, Jorge Pazos, Manuel Beltroy, Héctor Castro, entre otros. Me asusté mucho un día, durante los entrenamientos*, que, por casualidad le pisé, *con mi zapato de clavos*, la mano a Sebastián Montesinos que estaba entrenando en la partida de los 100 metros. Yo venía a toda velocidad y entrando al último tramo de los 400 metros planos no me di cuenta que su mano estaba extendida en la pista por donde yo pasaba. Menos mal que fue solo un raspón que no dejó secuelas.

En esos años La Recoleta ganaba en atletismo, *con gran diferencia*, a los demás colegios religiosos. Un día nos llevaron a competir con el Leoncio Prado, porque, decían que eran los mejores en atletismo. Nos entrenamos bien y también les ganamos.

Al terminar el año, el profesor Guerrero, *que era mi entrenador*, me inscribió en la Liga de Atletismo de Lima y me llevó al estadio nacional, junto a otros compañeros del colegio. Era un ritmo de entrenamiento bastante exigente. Yo admiraba a Gerardo Di Tolla que a la



sazón era el campeón peruano de los 100 metros planos, ponía 10,5. Entrenaba también Roberto Abugatás, campeón de salto alto y el negro Fernando Acevedo, que luego batió el record de los 100 metros con 10,2 (*se mantiene hasta la fecha*). Recuerdo que entrenábamos con Manuel Beltroy, Héctor Castro, León Piqueras y otros atletas del colegio para competir dentro de la liga de Lima.

A finales de año Manuel Beltroy, *que lanzaba bala y martillo*, me animaba para que participemos de un campeonato bolivariano que se había organizado, pero para esas fechas yo me estaba retirando de los entrenamientos, porque quería prepararme bien para la universidad y desistí de esa invitación. Así me fui alejando poco a poco del atletismo. En los años siguientes cumpliría solo con los campeonatos que se organizaran en el colegio.

Acontecimientos mundiales

En el colegio mientras nosotros hacíamos malabares en los recreos con el yoyó, los americanos y los rusos que estaban en una *guerra fría* podían comunicarse con un teléfono rojo. La Iglesia también hizo noticia porque el Papa Juan XXIII, que había abierto el concilio Vaticano II, fallece sin que se hubiera cerrado el concilio y es elegido en el cónclave el Papa Paulo VI.

Recuerdo que al llegar al colegio tuvimos una clase con el profesor Enrique Bernal, que después fue congresista de la izquierda unida, ese día, vestido tan elegante como siempre, pronunció un discurso emotivo que nos impresionó: "*Juan XXIII el Papa bueno de figura rechoncha ha sido un Papa de transición...*"

Cuando murió Pío XII éramos demasiado *chiquillos* para sentir la muerte de un Papa. A los 14 años era diferente. Mirábamos con respeto las reacciones de las personas mayores. Al morir el Papa, en nuestras casas había un silencio especial y no se comentaba mucho, en cambio en el colegio los padres nos pedían que rezáramos por el Papa difunto y por el que iba a venir. Por esos acontecimientos pudimos aprender lo que *era un cónclave, la fumata bianca, el papel de los cardenales* y muchas cosas más relacionadas con Roma y el Vaticano.

En nuestro país las Iglesias hacían sonar sus campanas, en los trabajos se observaba el minuto de silencio y nuestro flamante presidente Fernando Belaúnde pronunció un discurso brillante sobre Juan XXIII y otro cuando salió elegido Paulo VI.

En tercero de media seguíamos los acontecimientos que movían el mundo. Se decía que en América del sur podría haber una revolución producida por las desigualdades sociales. Las universidades nacionales estaban un poco removidas por los movimientos políticos. Se hablaba también de la existencia de guerrilleros en las zonas andinas.

Al final del año conmovería al mundo el asesinato del presidente de los Estados Unidos, J.F. Kennedy. Nosotros seguíamos, con nuestras familias, las noticias a través de los periódicos, las revistas y la televisión. En esos años las revistas gráficas, con grandes fotografías, estaban todavía en circulación: *Life, Paris Match, O'cruziero, Actualidad Española* sacaron grandes ediciones con las secuencias del asesinato de Kennedy.

Nosotros seguíamos con atención las noticias pero estábamos todavía dentro de nuestro mundo escolar, buscando pasarla bien en las actividades deportivas y en las diversiones.

Ese año mi papá fue elegido Presidente de la Corte Superior del Callao. Le dieron un Chevrolet *Biscayne*, del año 1958. Desde el inicio del año le había pedido que me enseñe a manejar y no dejaba de insistirle con frecuencia. Mi papá fue dilatando mi pedido porque lo quería hacer en el *Morris minor* que teníamos en casa, y no en el carro de la corte.

Me entraron las prisas, me fijé bien cómo se manejaba y pensé que para mí sería muy fácil, me hice amigo del chofer del carro de la corte. Él nos llevaba todos los días al colegio y un día lo convencí para que me diera el carro. Nos fuimos a una urbanización, *de esas que habían construido solo las pistas*, y me dio el carro para dar mis primeras vueltas. Poco a poco me fui soltando hasta que me sentía seguro en el timón. Manejaba solo en esas calles sin salir al tráfico.

Cuando pasó el tiempo le pedí al *chofer* que me prestara el carro para dar una vuelta al golf de Monterrico, frente al colegio. En aquella época no era peligroso porque pasaban muy pocos carros, además el *chofer* iba siempre a mi lado. Poco a poco aprendí a darle más velocidad al automóvil y me sentía mucho más seguro, apto para salir al tráfico.

A los pocos días le dije al chofer que quería ir yo solo, sin que él estuviera al lado. Lo que de verdad quería era exhibirme llevando a mis amigos del colegio sin tener en el carro a una persona mayor. A regañadientes aceptó mi propuesta y terminé metiendo en el carro a mis amigos para darles una vuelta al golf. Con ellos dentro del auto aumentaba la velocidad para impresionarlos.

Mis amigos también querían hacer lo mismo y me pedían prestado el carro para dar una vuelta. El primero que lo cogió,

que era mi mejor amigo, no estaba bien entrenado y chocó el carro contra una reja. Le rompió la máscara y el radiador. Nos dimos un gran susto y el chofer se las tuvo que ver para arreglar la situación.

Cuando llegaron las vacaciones mi papá me dijo: *¡ven que te voy a enseñar a manejar!*, mi mamá, que también quería aprender se sumó a las clases, fuimos en el Morris al Campo de Marte por la noche, no había ningún carro. Le cedí el primer turno a mi mamá que cogía por primera vez un automóvil. Estaba muy nerviosa y como era de esperar el carro se le calaba a cada rato y, como no sabía coordinar el embrague con el acelerador, lo hacía saltar constantemente.

Cuando llegó mi turno, (*mis padres no sabían que ya había aprendido en el Chevrolet*), me senté al volante con una gran seguridad y saqué el carro sin ningún sobresalto. Mi papá asombrado me dijo: *¿y cómo sabes?* Yo solo contesté: *aprendí fijándome*. No se quedó muy convencido con mi respuesta, pero nunca me dijo nada.

En el mundo del cine

A los 15 años fuimos testigos de otro acontecimiento relacionado con el cine que tanto nos gustaba. El Diamante inauguró un nuevo sistema de proyección, el famoso *cinerama* con una enorme pantalla en curva y tres proyectores que funcionaban al mismo tiempo.

La primera película se llamaba “Esto es CINERAMA” era un gran documental que metía al público en las escenas que presentaba. Empezaba con la montaña rusa. Daba la impresión que uno estaba allí recorriendo a toda velocidad en esos carros mecánicos.

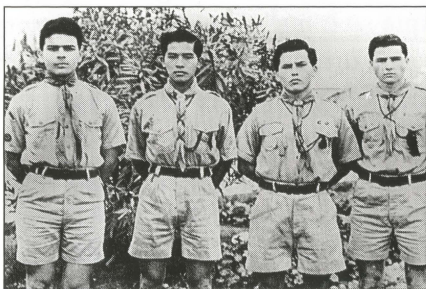
Después sacaron varias películas en ese sistema: “*Vacaciones con Cinerama*” “*Las siete maravillas del mundo*” y luego se

pasaron de los documentales a los largometrajes como "*La conquista del Oeste*". Las proyecciones ya no se hacían en el Diamante, la nueva sala de proyección fue el cine República. Ese sistema duró en Lima unos pocos años y luego se abandonó. Resultaba extremadamente caro.

Terminamos tercero de media sumergidos en nuestras actividades que no dejábamos por nada del mundo. Era tal vez la ansiedad de los 15 años la que nos disparaba a tener un activismo desmedido. Cuarto de media se presentaba como un año serio para tomar decisiones importantes.

1964

Las vacaciones se fueron volando. En el mes de febrero tuvimos con los Boys Scouts un campamento a Cieneguilla y en marzo otro al terreno Scout en Chosica. Era un campamento de guías de patrulla. Nos instruían con el libro *“Escultismo para muchachos”* que me lo leí entero.



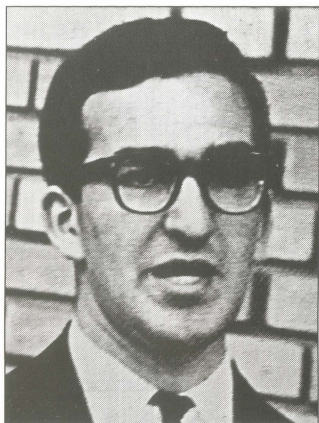
Durante el día nos adiestraban para ser buenos conductores de los Scouts más jóvenes. En la noche no podía faltar la famosa fogata con juegos y canciones: *“....ay jo yo remando voy, por el río mi canoa va, en la tarde fresca...”* A esta canción le cambiábamos la letra para meternos con Nicanor Larrea, decíamos: *“...por el río Nicanora va...”* Tengo grabado en la memoria a los dirigentes mayores uniformados, con pantalón corto, instruyéndonos a nosotros.

Con un grupo de mi clase nos quedamos a conversar por la noche sobre nuestro futuro en la tropa. Veíamos que este sería nuestro último año, aunque los jefes supondrían que nos quedaríamos más tiempo. No tocamos el tema y dejamos que el tiempo resuelva más adelante las cosas.

Empezamos cuarto de media

Los últimos años del colegio se pasaron rapidísimos, y más cuando al inicio de cuarto dividieron los salones entre letras y ciencias. Hasta tercero de media quería ser marino pero en cuarto me decidí por las humanidades.

Había en el colegio un profesor que se interesó mucho por nosotros para orientarnos hacia los estudios universitarios. Era el profesor de historia universal Juan Canal T. Nos invitaba a su casa, donde teníamos sesiones culturales. Nos hizo leer muchos libros e intervenir en el teatro. Ensayamos una obra sobre los incas y la representamos en el colegio para todo el alumnado y los padres de familia.



Otro día fuimos con él a ver *Collacocha* al colegio Guadalupe. La obra estaba de moda y era representada por los emblemáticos actores Luís Álvarez y Ricardo Blume. Nos encantó y estudiamos la posibilidad de representarla pero el tiempo no nos alcanzó.

En Lima ocurrió algo que nos dejó sumamente preocupados. Se había organizado un campeonato sudamericano juvenil de fútbol. Los equipos que vinieron entrenaban en las canchas de los colegios particulares de Lima.

A Chile le tocó entrenar en La Recoleta. Como parte del entrenamiento la selección chilena jugó un partido de fútbol contra la selección del colegio. Nosotros felices de poder jugar contra la selección nada menos que de un país. Nos entrenamos bien, con los profesores Guerrero y Rodríguez, hasta que llegó el día del partido.

Me acuerdo que Jaguande estaba en el arco y que Zepilli metió uno de los goles, yo hice lo que pude. En el Boletín del colegio

aparece la foto y la noticia. Los chilenos nos ganaron 6-2, pero la pasamos en grande jugando ese partido con profesionales del fútbol.

Al iniciar las clases en 4to de media quise frenar el activismo que traía desde 3ero y decidí no asistir a los partidos de fútbol en el estadio nacional para dedicar más tiempo a los estudios.

Gracias a esa decisión no me encontraba en el estadio el día que ocurrió una terrible tragedia. Fue algo horroroso y espantoso. Más de 300 muertos. Jugaba Perú contra Argentina. Nos iban ganando 1 - 0 y a los dos minutos del final se produjo el gol peruano de Kilo Lobatón que fue anulado injustamente por el árbitro Ángel Pazos. La gente se irritó tanto que motivó a que una turba liderada por un delincuente, *el negro Bomba*, ingresara a la cancha para agredir al árbitro. La policía empezó a disparar gases lacrimógenos y la gente se dirigió a las escaleras para salir a la calle. Allí encontraron una trampa mortal porque las puertas del estadio, que eran metálicas, estaban cerradas. Los que llegaron primero murieron aplastados por la multitud.

Otros acontecimientos de la historia

En aquellos años el marxismo se abría camino en Sudamérica. Con mi papá había acudido a casa de *Javier Heraud* en Miraflores cuando se cumplió un año de su muerte (*murió acribillado en puerto Maldonado*). Mi papá era amigo de su papá y a todos les dolió mucho su conversión a guerrillero y después su temprana muerte. Se oía mucho del influjo de Cuba en las políticas de nuestros países. En el colegio nos prevenían y nos señalaban lo que estaba ocurriendo en la Universidad de San Marcos que se había politizado bastante.

En el Perú se multiplicaban los partidos de izquierda, aparte de los tradicionales partidos comunista y socialista, se fundaron el Frente de Liberación Nacional (castrista), con un General del Ejército retirado de apellido Pando, se le unió un sacerdote

revolucionario conocido como *el cura Bolo* y un humorista que tenía una columna en *El Comercio*, *Sofocleto*. Ese partido hizo mucha bulla defendiendo la revolución cubana, pero duró poco tiempo.

También tuvo auge el partido Social progresista presidido por Alberto Ruiz Eldritch, un abogado que permaneció en la política durante unos años. Le acompañaba un pariente mío, primo de mi papá: *Germán Tito Gutiérrez Vargas*. No parecía de ideas socialistas, vestía muy bien, era muy simpático y agradable en la conversación, asistía a las reuniones sociales y culturales. Era un verdadero *Gentleman*. Antes de su muerte me encontré con él en el Teatro Municipal, cuando asistía con mi mamá a un concierto de la orquesta sinfónica nacional que dirigía *Leopoldo La Rosa*; se le veía muy bien, elegante, como siempre, y parecía más joven de la edad que tenía, frisaba los 80 años.

Volviendo al 64, mis actividades extracurriculares no habían cesado del todo. Con los *Boys Scouts*, en cuarto de media, fui guía de los *lobos*. Acudía a todas las actividades que podía: *dirigir tráfico, campamentos, visitas a hospitales, fogatas* y a las cenas anuales con los dirigentes, en hoteles importantes. Recuerdo



haber coincidido en el hotel Bolívar con *Miguel Aceves Mejía*, un artista de cine mejicano con quien nos hicimos unas fotos y él se hizo amigo de nosotros. La cena fue muy amena. Mis compañeros de tropa y yo tenemos grabado en el recuerdo al viejo hotel *Maurý* del centro de Lima, donde hemos ido muchas veces a cenar cuando *Elías Mendoza* era Jefe Scout nacional.

Con el P. Marcos nos reuníamos los guías de patrulla. Estábamos muy contentos con él porque gracias a sus méritos le dieron la insignia de madera. Se lo merecía porque su dedicación a los Boys Scouts era continua y bastante abnegada. Con él seguíamos pasando pruebas y especialidades. Ese año el P. Marcos me enseñó los nombres de las plantas y árboles que había en el colegio. Gracias a su instrucción logré pasar la especialidad de Botánica.

Con Jorge Bernardini hicimos una larga caminata desde el colegio hasta Huachipa para pasar una especialidad más. Salimos los dos solos andando por la carretera central con nuestro uniforme Scout y una mochila donde llevábamos nuestros alimentos y una frazada para dormir. Fue una larga travesía, dormimos a la intemperie en medio del camino y retornamos al colegio cantando todas las canciones de nuestro repertorio. Fue muy cansado, pero logramos pasar la prueba.

Ese año se reforzó la tropa con la ayuda de un exalumno que había sido Scout años atrás, *Víctor Morales Corrales*. Fuimos con él a santa Eulalia con la misión de preparar a chicos que habían ingresado a la tropa. También entró con mucho brío, para reforzar el escultismo en La Recoleta, el hermano Gastón Garatea que había llegado recién de Chile. Fue muy bien recibido por todos nosotros. Nos cautivaba su entusiasmo y alegría. Ver un religioso joven que se estaba preparando con mucha ilusión para el sacerdocio era realmente conmovedor. Le dio a la tropa un ambiente juvenil de entusiasmo. Todavía recuerdo cuando nos cantaba tocando la guitarra una canción

chilena que aprendimos todos: *“mira Bartola allí te dejo estos dos pesos, paga la renta, el teléfono y la luz, con lo que sobre sacarás para tus gastos, guárdame el resto pa comprarme mi alibur...”*

Un día, con unos scouts mayores fuimos por la noche al convento de los Sagrados Corazones a buscar al hermano Gastón para invitarlo a ver un partido de fútbol en el estadio nacional. Tocamos el timbre de la puerta y preguntamos por él, al instante bajó y cuando le dijimos para que nos acompañe dudó un poco pero luego se animó a buscar al padre director para pedirle permiso. Nosotros esperamos un buen rato junto a la puerta. Por fin salió y se vino con nosotros al partido de fútbol. Fue la primera vez que fui por la noche al estadio nacional.



Los meses fueron pasando y veía que me quedaba poco tiempo en los Scouts, yo hubiera querido seguir, pero las circunstancias me obligaban a tener que dejarlo de lado, al menos por un tiempo. Antes de terminar el año, por haber pasado muchas especialidades, me dieron el cordón de *Caballero Scout*, en una ceremonia organizada en el parque *Kennedy* de Miraflores, delante de mis papás y de una concurrida muchedumbre. Después estuve a punto de ir a un *Jambory* con Jorge Bernardini pero, muy a pesar mío, tuve que retirarme de la tropa por los estudios de preparación para la universidad.

Me quedó un recuerdo gratísimo y el deseo de volver para ayudar a las nuevas generaciones. Siempre tuve admiración de los forjadores del escultismo en el Perú, los padres Amadeo, Lázaro, Gustavo y muchos otros que supieron dar su tiempo para sacar la tropa adelante. Siempre canté nuestro himno con orgullo y agradecimiento: ***“Muchachos siempre listos los scouts recoletanos, que su deber es consciente son hombres de valor...”***

El conjunto de rock

En el campo de la música había progresado bastante, la guitarra la dominaba mejor y había aprendido a cantar las canciones del momento. Aunque veía que esta actividad también tendría que recortarla por mis estudios, cerré los ojos y me aventuré a que siga creciendo.



Con amigos del colegio formamos un conjunto de rock. Nos inspiramos en los *Doltons*, los *Shains* y en los *Saicos*, que eran los conjuntos que más se escuchaban y formamos “Los Coets”, que eran las iniciales de nuestros apellidos: *Castro*, *Otero*, *Echeandía*, *Tamayo* y *la s del plural*; luego se sumaron al conjunto los hermanos *Venturo*, que ponían su casa de la av. Arequipa para los ensayos. Todos éramos recoletanos.

Tocábamos en diversos festivales o kermeses de los colegios y un día nos invitaron a salir al aire en Radio Nacional, esa fue la cumbre de nuestra banda que después, *también por motivos de estudios*, desapareció. Me impresionó mucho la muerte temprana del primer guitarrista de nuestro conjunto, Héctor Castro. Desde luego que para poder estar en el conjunto mi papá me había regalado una guitarra eléctrica y un amplificador para mi cumpleaños de 4to de media.

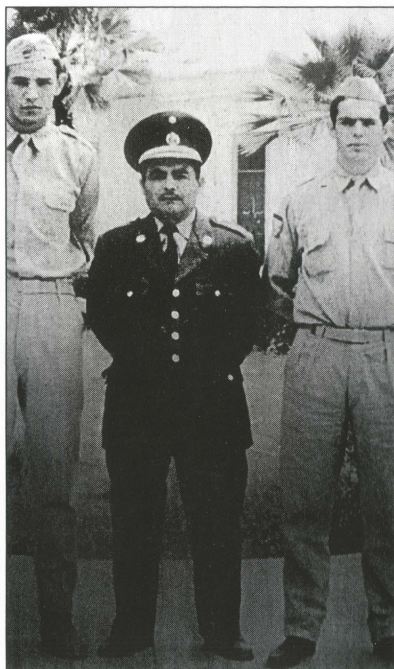
Actividades culturales

En cuarto de media creció nuestra afición por la cultura, el P. Marcos, que estaba con nosotros ese año, nos ponía música clásica para que la apreciáramos, recuerdo que llevaba una enorme grabadora y mientras escuchábamos *Pedro y el lobo*, el padre intentaba escenificar las secuencias orientando nuestro interés, otro día nos pidió conseguir, en postales, las pinturas clásicas más famosas y nos tomaba el examen mirando las pinturas.

El profesor que conocíamos con el apelativo de *caoba*, por su tez morena, nos enseñó a fabricar y repujar billeteras y monederos con trozos de badana que comprábamos en el centro de Lima, también hicimos llaveros con tiras de plástico, aviones, como *el mosquito* o *el Ikaro*, que comprábamos en *Hobby Center de la calle de la Amargura*.

En otras ocasiones fabricábamos fólders o porta retratos con cartón de paja y cuerina. Estos implementos los comprábamos en el jirón Azángaro, cerca de la Catedral de Lima y aprovechábamos la ocasión para tomarnos un *lonchecito* con las ricas empanadas de la pastelería *La Virreyna*, que a la sazón estaba de moda.

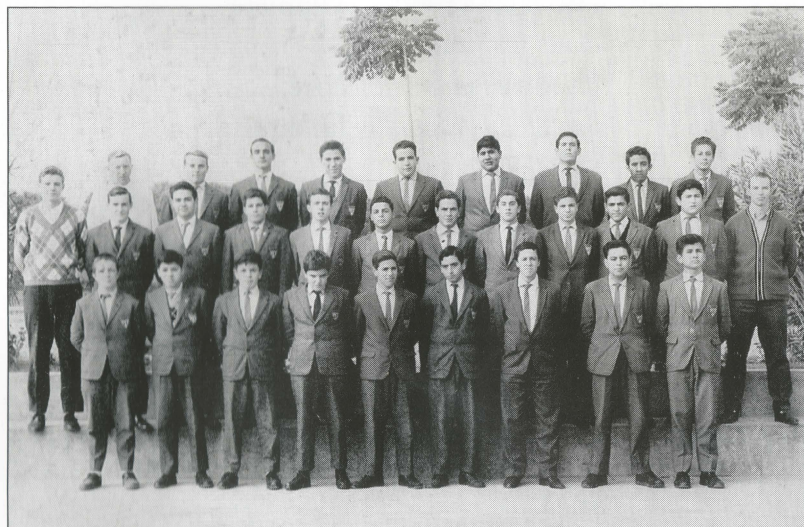
En el colegio también nos enseñaron a fabricar cometas, la pava era la más fácil. Me acuerdo que me empecé en fabricar un *barril* de mi tamaño y tuve que usar un



pabito grueso y unos guantes para no cortarme los dedos. El tiempo empleado en estas manualidades era tremendamente formativo, desarrollaba el ingenio y la imaginación creadora y evitaba que estemos pensando en tonterías.

El profesor Canal nos preparaba a los de letras haciéndonos leer obras clásicas de la colección Aguilar. Nos hacía intervenir en clase organizando debates para soltarnos un poco en el manejo del idioma.

Teníamos un profesor de instrucción pre militar que nos hacía cantar el himno militar a todo pulmón desde un extremo del patio y nos pedía que escucháramos la audición pre militar en Radio Nacional. Una vez a la semana íbamos al colegio con nuestro uniforme militar que comprábamos en las tiendas Campeón: *pantalón y camisa Kaki, corbata del mismo color y cristina con un círculo rojo. Las galones indicaban el año que se cursaba.* Al Instructor le pusimos como apodo *Chiricuto*. Un día fuimos al polígono Muñiz en el Rimac para hacer tiro al blanco.



Cada salida nuestra del colegio era un dolor de cabeza para el profesor que nos acompañaba, éramos bastante inquietos. Trató de corregirnos, sin tener mucho éxito, el profesor Rogelio Llerena que nos enseñaba castellano, luego pasó a la Universidad Católica. Los profesores de francés no duraban mucho. El idioma lo aprendíamos con una gramática de la Alianza, que relataba las historias de Monsieur Vincent y su familia en París. Nos aprendíamos de memoria las conjugaciones, las oraciones que rezábamos en clase y alguna que otra poesía:

C'est le matin... Un rayon rose
Glisse de la persienne close
Jusqu'au lit blanc,
Un rayon rose qui se joue
Dans les cheveux et sur la joue
Du petit Jean.

L'enfant entrouvre une paupière
Puis il laisse entrer la lumière
Dans ses yeux bleus,
Il regarde et se met à rire,
Car le rayon semble lui dire:
Soyons joyeux!



También estaba en el libro de francés:

Puisque nous avons été sages
Et que nous avons bien chanté,
Racontez-nous ce qui se mange,
Petite mère, racontez.

Ce qui est plus blanc que le linge,
Et qui sent la ferme et les champs,
Et les hameaux et les villages
Racontez-nous le lait, maman.

Ce qui est si beau, si fragile,
Ni rond, ni carré, ni pointu,
Et que l'on trouve sous les poules,
Raconte-nous les oeufs, veux-tu ?



Al final del año, después de unos ajustones, mejoró nuestra conducta y nos dispusimos a entrar en el último año escolar: 5to de media.

1965

En las últimas vacaciones que me tocaron, antes de empezar el colegio, recibo una llamada telefónica del hermano Gastón. Quería contar conmigo para la organización de un campamento con los Boys Scouts. Yo le recordé que el año pasado en diciembre había renunciado a la tropa por razones de estudio. Él me insistió y me dijo que lo pensara bien. Agradecí su interés y confianza pero le reiteré la decisión que había tomado de dejar la tropa. Yo tenía mucho cariño, admiración y agradecimiento a los *Boys Scouts*, y a los padres de La Recoleta, pero tenía que seguir en la firme decisión que había tomado para poder prepararme bien en mis estudios universitarios. Me dio mucha pena decirle que no al hermano Gastón.

Por otro lado no se puede negar que la adolescencia nos trajo a todos momentos de nerviosismo, de temor y muchas inquietudes: los estudios del último año y la cercanía de la universidad, eran temas que nos preocupaban mucho.



La responsabilidad por los estudios estaba mezclada con un sentimiento tal vez vanidoso de *“mayoría de edad”*, especialmente cuando nos encontrábamos en el colegio, éramos los de 5to de media, la promoción saliente.

Todo era importante para nosotros en ese año. Jactanciosos y vanidosos pisábamos fuerte sacando pecho y con algún libro bajo el brazo, (*a nadie se le ocurría llevar maleta de los libros y la mochila todavía no se había puesto de moda en esos años*). Nuestros libros escolares ya no llevaban el forro azul de otros años, empezaba a usarse el famoso *vinifán*.

Con nuestros aires de suficiencia no dejábamos de ser unos chiquillos bromistas y juguetones.

El año anterior, por algunas barrabasadas juveniles fueron expulsados del colegio un número significativo de compañeros del salón. A todos nos dolió mucho esa *poda* que la calificamos como un exceso de severidad. En abril sentíamos que el salón se había reducido considerablemente. Desde los primeros días nos advertían con los consejos de rigor: *que éramos la promoción saliente, que estábamos en el último año del colegio, que deberíamos madurar, que la vida no era tan fácil como nos parecía, etc., etc...*

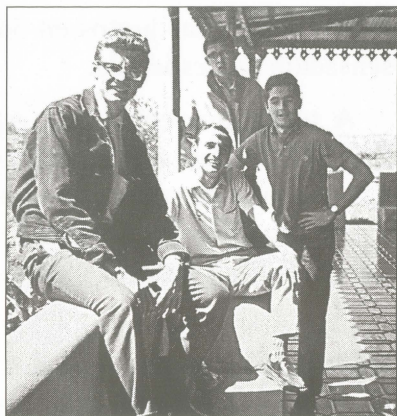
Unos años después el colegio reconoció ese exceso de severidad al expulsar a un grupo numeroso de alumnos que estaban por terminar su secundaria. Un sacerdote pidió perdón a la promoción en nombre del colegio.

El protagonismo del alumno de 5to

Volviendo al año 65 tenemos que reconocer que en nosotros había crecido un afán protagonístico considerable. Cada uno buscaba liderar o destacar en algo: *brigadier general, delegado del salón, directiva, selección de fútbol, selección de basket, equipo de atletismo, organizadores de la fiesta o del viaje de promoción,*

gestores para el anillo de promoción, organizadores de un bingo, etc....

En casa mi papá me había ofrecido, *desde el año anterior*, inscribirme en una academia para aprender inglés, ya que tenía facilidad para los idiomas (*en el colegio solo enseñaban francés*). En 1965 quiso inscribirme además en una



academia de preparación para la universidad. Desde cuarto de media había optado por las letras y la verdad que una academia me parecía excesivo, pensaba que me limitaría el tiempo para todo lo que me había propuesto. Las academias de preparación todavía no se habían extendido tanto y eran sobretodo para las carreras ciencias.

Sin embargo recibía consejos que procuraban abrirme los ojos para que me diera cuenta de lo que me encontraría al salir del colegio. En mi casa mi papá hacía esfuerzos para aconsejarme bien. Yo era su hijo mayor y quería darme todas las facilidades para que no tuviera ningún tropiezo. Ese año me compró una colección de libros de historia universal (*de Malet*) y unos libritos de literatura de la colección Aguilar. Así empecé una remota preparación estudiando por mi cuenta. La verdad es que las actividades del colegio me jalaban tanto que los estudios para el ingreso quedaban siempre postergados.

1965 fue un año de mucha inquietud y tal vez de ansiedad juvenil. Los años anteriores habían sido más tranquilos. Me entró una especie de prisa angustiosa cuando comprobaba que se pasaban los días y se terminaba el colegio para siempre. Fue un año *super* sensible de nostalgias y emociones continuas. La amistad con mis compañeros creció sin hacer nada, solo por

el hecho de estar juntos en 5to de media y vivir ese año con sensación de despedida.

A todos nos entró una especie de activismo desmedido, las clases y los cursos parecían más cortos, los profesores terminaban antes, nos daban permiso para ir a las actuaciones y para organizar los eventos de la promoción. Se multiplicaron las reuniones y las gestiones para tenerlo todo a punto.

Una motivación fuerte fue el viaje de promoción. Entre todos decidimos para que fuera a Miami (*que estaba de moda en esa época*); sin embargo, a la hora de concretar llegaron a ir menos del 50%.

En el segundo semestre el tiempo se pasó volando, a todos nos entraron las prisas para conseguir la calcomanía de la promoción y fabricación del anillo. Los gestores se movieron bastante bien para lograr un buen diseño que gustara a todos. Al final salió un anillo de oro quemado con los emblemas de la promoción y una piedra azul turquesa bastante grande y elegante. La calcomanía fue una caricatura de una travesura dentro del aula. Jorge Bernardini, en coordinación con Miguel Monteverde, nos entregó a cada uno una medalla de la promoción con el escudo del colegio.

Acontecimientos importantes del año 65

En aquel año los acontecimientos mundiales más relevantes fueron la guerra del Vietnam, liderada por el presidente *Lyndon Johnson*, el final del Concilio Vaticano II y la visita del Papa Paulo VI a los Estados Unidos, para dar un famoso discurso en la ONU.

Ese año también se estrenó el *Dr. Zhivago*, que estuvo en cartelera muchos meses seguidos. Por otro lado en nuestro país las guerrillas marxistas comunistas amenazaban los pueblos y ciudades de la sierra.

Conocíamos las noticias sin interesarnos demasiado, a nosotros nos dolía más que se quitaran los tranvías de Lima, que fueron nuestro sistema de transporte de toda la vida. ¡Cuántas veces viajábamos en los tranvías! para ir al colegio o a la playa, era el medio más usado por todos. Todavía recuerdo al maquinista mover la perilla para hacer caminar la máquina y al boletero que estaba correctamente vestido con corbata y gorra, llevaba en la solapa una placa metálica color dorado que lo identificaba. Si uno quería bajarse tiraba de un cordón y hacía sonar una campanita, luego se acercaba a la puerta corrediza que abría el maquinista. Dentro del vagón y encima de la puerta estaban las propagandas de alguna medicina: “*Pastillas Bux o Pec...*”

Nuestro último Jefe de División

El P. Andrés Aldasoro fue nuestro Jefe de división en 5to de media, era un vasco fornido de voz gruesa y carácter severo. Un hombre muy franco y noble. De chicos le teníamos un poco de miedo por su aspecto adusto, pero luego nos dimos cuenta que tenía un gran corazón. Nos hablaba con franqueza y se lo agradecemos mucho. Una vez intentó, aunque pronto desistió, que habláramos el castellano al



estilo español, utilizando el vosotros. La iniciativa no duró ni una semana. Fue nuestro profesor de literatura, muy culto y versado en los clásicos, motivó nuestro interés por la cultura. Vestía siempre con el hábito blanco de su congregación y tenía un dominio muy claro de la doctrina cristiana del Magisterio de la Iglesia.

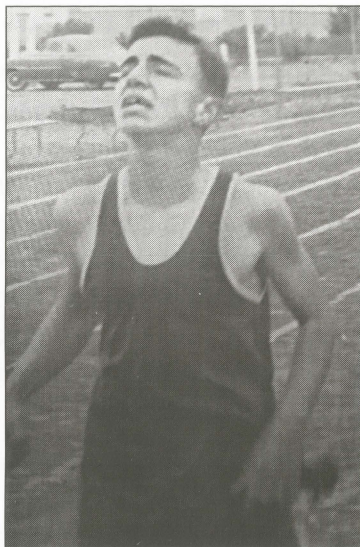
El P. Andrés me tenía mucha ley, porque sabía que frecuentaba un centro del Opus Dei y a él le parecía muy bien. Hizo migas conmigo para que le ayudara en la orientación de algunos alumnos. No me gustaba mucho sentirme el “*redentor*” de mis propios compañeros, además sus planteamientos eran audaces y exigentes. Los que se educaron en las épocas de las guerras europeas venían con una mentalidad de combate, querían formar en poco tiempo líderes cristianos que influyan en los distintos ambientes de la sociedad, de allí el nombre del movimiento que impulsaban desde el Colegio: “*Corazones valientes*”.

Los padres de los Sagrados Corazones que nos querían mucho nos deberían ver poco preparados para lo que nos encontraríamos luego al salir del colegio. Nos hablaban con un tono de urgencia. No podemos olvidar cuando nos habló con fuerza, a toda la clase, el padre José Luis, un español de baja estatura que había pasado unos años en la China hasta que expulsaron a la congregación de los Sagrados Corazones por la revolución de Mao. Llegó al colegio de La Recoleta cuando estábamos en los últimos años de media. En su charla fue muy sincero al decirnos que nosotros no habíamos vivido las angustias de una guerra. Nos dijo que estábamos bastante protegidos y que deberíamos prepararnos para después. La vida no es fácil, nos decía, sobre todo cuando los que tienes al lado no te hacen ni caso, por envidia o por un afán de competencia egoísta. Nos habló del gran peligro de la soledad y nos animó a preocuparnos de los demás.

El deporte y las diversiones del último año de colegio

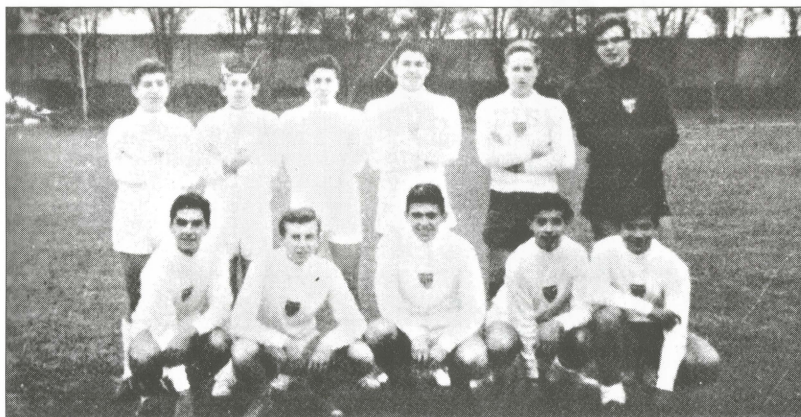
En 5to de media no había tiempo para nada, pero a mí me gustaba tanto el deporte que ni los estudios me impedían jugar mis partidos de fútbol e intervenir en los campeonatos. El tiempo lo sacaba de donde no lo tenía.

Como todos los años llegaron las competencias del ADECORE y tenía que participar en las carreras de velocidad. El día de la competencia tuve mala suerte porque para la carrera de los 100 mts. planos, *que era mi especialidad*, hice dos partidas falsas y me eliminaron. Mi entrenador, el Profesor Guerrero, no sabía dónde meterse y yo quedé bastante preocupado; luego me pude “sacar el clavo” en la carrera de los 200 mts. y en la posta de 4 x 100.



Al terminar el campeonato me retiré totalmente del atletismo, pero nunca renuncié a los partidos de fútbol que procuraba jugar todas las semanas con mis amigos.

Al final del año se organizó la fiesta de promoción en casa de Ernesto Benavides. El vivía frente al colegio y al lado del golf en una casa grande y hermosa muy apropiada para una fiesta. Fue una simpática noche que quedó para el recuerdo.



Los tiempos han cambiado

Ahora cuando escribo estas líneas me doy cuenta que los escolares de hoy le dan mucha más importancia que nosotros a los viajes y a las fiestas. En nuestras épocas no era tanto. Como contaba antes, vestíamos terno y corbata, llegábamos a las 7.00 pm y a las 10.30 pm estábamos regresando a nuestras casas. Las fiestas solían ser en casas de familia. Hoy se tienen en las discotecas que se han multiplicado por toda la ciudad. Los chicos y las chicas toman en exceso, se amanecen y llegan a sus casas en una situación lamentable. Las excepciones, que también existen, son pocas.

Con las graduaciones también han habido variaciones: ahora se visten de smoking y se lleva toga. La ceremonia se hace por todo lo alto. Cuando nosotros nos graduamos hubo una simple actuación en el patio del colegio donde nos entregaron los anillos y nos tomaron unas fotografías. Así terminó nuestra etapa escolar y nos fuimos a nuestras casas.



DESPUÉS

Me dio pena haber concluido mi etapa escolar, ya no vestiría más el uniforme del colegio, ni estaría con los padres y profesores que nos formaron y nos vieron crecer, tampoco vería al personal que trabajaba en el colegio, como *Abarca, Amadeo, Hildebrando* y muchos otros que recordamos con verdadero cariño. Extrañaba las aulas, los recreos, las clases de educación física, los campeonatos, los paseos. Un ambiente familiar de mucha paz donde vivíamos protegidos por los mayores. Ahora nos tocaba salir a enfrentarnos con un mundo distinto y difícil.

Era una sensación *agridulce* porque durante todo la etapa escolar, *y especialmente en los últimos años de media*, nuestra meta era salir del colegio. En 5to de media no veíamos la hora de que todo acabara para ser “libres” (*pensábamos así*), de las obligaciones que teníamos como escolares.

Los primeros días, *después de haber egresado del colegio*, estábamos en continua comunicación todos los de la promoción viendo nuestros posibles ingresos a las universidades. En el Boletín del colegio habían salido nuestras fotos y se anunciaban las preferencias profesionales de cada uno. Después de los exámenes de ingreso empezó la diáspora.

Un día decidimos almorzar juntos y visitar el colegio. Estábamos todos con terno, como se acostumbraba en la época, y nos hicimos las últimas fotografías juntos. Al entrar al colegio



sin el uniforme teníamos una rara sensación. Fueron momentos sensibles cargados de nostalgias y juntos reforzamos nuestros lazos de amistad, deseándonos buena suerte para el futuro.

Los años fueron pasando y cada uno en su campo fue cosechando para la vida con los recursos recibidos en el colegio. La universidad hizo lo suyo y por supuesto la familia.

Ingresé a la Universidad de San Marcos a la facultad de letras y estuve allí hasta que me fui a estudiar a España, a la Universidad de Navarra. Mientras estudiaba en San Marcos trabajaba en la mesa de partes de la corte suprema, allí coincidí unos años con Felipe Galindo. Al irme a Europa me ausenté 6 años del Perú. Regresé después de mi ordenación sacerdotal que fue en Barcelona el 4 de Agosto de 1974.

Al poco tiempo de llegar me llama Jorge Bernardini para anunciarme el proyecto de su próximo matrimonio y quería que yo oficie la ceremonia. Fue el primer matrimonio que hice en mi vida y fue en la capilla del Hogar de la Madre. Creo que yo estaba más nervioso que Jorge, pero me dio muchísimo gusto.

Otro día Lucho Pérez me invitó a almorzar a la casa de sus padres que vivían en un edificio de Jesús María. Se alegraron al

verme de sacerdote y recordamos tantos momentos vividos en nuestra etapa escolar.

En esos primeros años de sacerdote estuve cerca de Francisco Navarro que había terminado ingeniería en la Ricardo Palma, que antes se llamaba “Universidad de Ciencias y Tecnología”, Pancho era fanático de los carros y tenía un *Morris mini minor* que lo armaba y desarmaba con frecuencia, tenía también toda la colección de los *Beatles*, su conjunto preferido.

Pedro Drinot, Guillermo Miro Quesada, Miguel Texeira, Hernán Pfucker, Manuel Beltroy, Miguel Wakeham y José Arroyo participaron también de algunas actividades en los Centros del Opus Dei.

Con Bruno Jaguande y con su familia tuve un acercamiento en la década de los 80, almorzamos con relativa frecuencia y jugábamos de vez en cuando unos buenos partidos de tenis.

En esa misma década estuve de capellán en la Escuela Naval, allí coincidí con el Almirante Panizo, exalumno recoletano y entre los dos decidimos hacerle un homenaje al P. Lázaro, que estaba anciano en el convento de la plaza Francia. Conseguimos organizar unas actividades. En la Santa Misa concelebramos con el P. Lázaro, los que éramos exalumnos de La Recoleta, los padres Harold Griffin, Gastón Garatea y yo. En la homilía el P. Gastón recordó los gratos momentos que pasamos en la vida Scout con los padres de los Sagrados Corazones y lo importante que había sido el escultismo para nuestra formación como personas.

Los años fueron pasando y también nos fuimos distanciando por las andanzas lógicas de la vida. Estuve 15 años fuera de Lima entre Chiclayo y Cañete. En la década de los 90 visité varias veces a Fernando Viale en su casa y en la clínica cuando tuvo que ingresar por algunas intervenciones quirúrgicas. Al inicio de esa década cumplimos nuestras bodas de plata cenando en

un chifa de San Isidro, luego visitamos el colegio el día del almuerzo de exalumnos. Fue una reunión bastante concurrida, muy grata y de muchos recuerdos. Todos andábamos alrededor de los 40 años cumplidos.

En esos años también tuve un acercamiento a Ricardo Vivas y a su familia. Nos reunimos muchas veces en su casa y en los *cine fórum* que organizaba en un colegio de Lima.

Antes de empezar el nuevo siglo Vittorio Sambucetti, con un empeño admirable, volvió a buscarnos para organizar más reuniones. En una conversación que tuvo conmigo soñaba con traer a Lima de visita al Padre Enrique Olier. Vittorio nos convocó a varias reuniones, tuve el honor de casar a una de sus hijas, al poco tiempo enfermó.

Félix Álvarez ya había tomado la posta y a través del correo electrónico creó una *agendita* para recordar los cumpleaños y para mantenernos comunicados a través de e-mail. Este sistema ha funcionado muy bien durante varios años. Hemos conversado y hemos discutido tantos temas como lo hacen los amigos entrañables que se aprecian mucho.

En el nuevo siglo Guillermo Ratto me invitó a su casa en distintas oportunidades, estuve y estoy muy cerca de su familia, también asistía con Félix Álvarez a las reuniones que yo tenía en la Universidad de Piura, donde estuve de capellán.

Félix venía a las sesiones de *cine fórum* desde sus inicios y participaba con comentarios muy apropiados e interesantes. Conocí a su familia y tuve un acercamiento con su papá, que a pesar de sus años, participaba con gusto en esas actividades. También tuve el honor de casar a su hijo mayor.

Javier Villa Stein fue nombrado presidente de la corte suprema y me llamó para que le ayude como miembro de la comisión de ética. Recordamos muchas etapas de nuestra vida escolar. Él solo estuvo en primaria con nosotros y luego se trasladó al colegio

de la Inmaculada. Con Gonzalo Portocarrero hemos conversado muchos temas interesantes tomando café y tenemos pendientes más conversaciones.

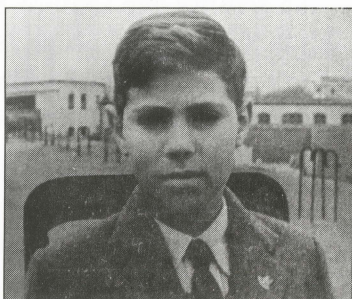
Con la promoción nos hemos seguido viendo en las cenas convocadas por Félix. Últimamente las reuniones se han ido multiplicando, también en las casas y fincas de algunos compañeros. No quisiera mencionar nombres para no olvidarme de alguno.

Como broche de oro de los 50 años de haber egresado del colegio, y para reforzar nuestra unidad y compañerismo, la Providencia nos entregó como regalo los tres últimos años de vida de Fernando Viale Ballón, que fueron ejemplares para recordarnos nuestros compromisos de fidelidad con la familia, con la Iglesia y con el colegio que nos formó.

Fernando nos convocó de muchas maneras: *en la clínica cuando estaba grave, en las Misas para rezar con fe y esperanza, en su casa para mostrarnos a su familia y cuando acudía a nuestras cenas.*

Fue un magnífico testimonio de vida cristiana y de unión familiar expresado de una manera sencilla y elegante, *tremendamente atractiva*, con una sonrisa en los labios y una expresión de paz en el rostro que cautivaba. Quienes fuimos a su casa en distintas oportunidades salíamos reconfortados por lo que él nos transmitía. Este año de nuestras bodas de oro, el Señor quiso llevárselo para que continúe su misión desde el Cielo.

No puedo terminar estos relatos sin agradecerle al padre Enrique Olier, que sigue en contacto con nosotros a través de Internet. Desde Francia nos llena de optimismo con su fe en Dios y en nuestra promoción.



La semilla que sembró en nosotros seguirá, *Dios mediante*, dando fruto. Aún no se ha producido la cosecha definitiva. La estamos preparando. Lo que viene después de las bodas de oro será el resultado de todo lo que recibimos antes. Por eso miramos el futuro con esperanza.

Ahora nos toca ingresar a la última etapa de nuestra carrera, que es la del remate. Igual que Fernando Viale tenemos la energía suficiente para envejecer sonriendo, al mismo tiempo que llenamos de paz y alegría a nuestros seres queridos y a las personas que se cruzan con nosotros.

Para la celebración de las bodas de oro contamos también con los que se fueron de este mundo, desde Ricardo Estela, que fue el primero en partir, hasta Fernando Viale que fue el último. Nos hemos acordado de rezar mucho por cada uno de ellos en este año emblemático.

La promoción 1965 desea dejar, *para los que vienen después*, el recuerdo de una lucha por la unidad en medio de diversidades. Vale la pena pelear siempre por la unidad para que cada día crezca la amistad que nos hace felices y libres.

A cada uno de nuestros compañeros quisiera decirles: *¡gracias por la amistad y el compañerismo, gracias por haber estado en la Recoleta, gracias por haberlos conocido!*

Que con nosotros y los que vengan después se cumpla el lema de nuestro colegio: ***Dios, Patria, Cultura y Hogar.***

Por esto podemos decir, con la experiencia que hemos tenido cada uno y sin temor a equivocarnos:

“Gloriosa Recoleta, tu enseña triunfante en el dosel del cielo impone siempre su rojo y azul. Con el alma vibrante luchemos con ardor, para vivir, para morir, con gloria y honor...”

EPÍLOGO

*H*az leído, querido lector, unos recuerdos un poco desarticulados que son solo chispazos de una entrañable historia que vivimos juntos los compañeros de la promoción 1965 del colegio SSCC Recoleta.

Es muy probable que hayas encontrado en mi relato errores cronológicos y omisiones de nombres o de sucesos que pudieron ser más importantes que los mencionados.

Reitero lo que decía en la introducción: no es un libro histórico ni sistemático, son solo pinceladas, una suerte de aperitivo para despertar el espíritu recoletano que nos tuvo unidos del 55 al 65.

Estamos cumpliendo este año 2015 los 50 de haber salido del colegio, nuestras bodas de oro. La mayoría hemos cumplido ya los 66 años de edad.

Estamos entrando en la última etapa de nuestras vidas, la que se conoce como la tercera edad. En estos momentos es para nosotros la etapa más importante, porque es la que todavía tenemos en nuestras manos. Nos falta colocar la “cereza” del postre y eso depende de cada uno.

Quizá más adelante ya no haya un libro conmemorativo, lo que sí habrá, al final de nuestras vidas, es el resultado de lo que fuimos.



Coincide con nuestras bodas de oro el año de la familia y el inicio del año de la misericordia el próximo 8 de diciembre, fiesta de la Virgen Inmaculada.

Como sacerdote y autor de este libro me guardo el derecho de expresar libremente lo que llevo dentro. Llevo el afecto y el agradecimiento al colegio porque me enseñaron a ser buen cristiano.

Por este motivo llevo también en mi corazón el afecto por todos mis compañeros de promoción sin excepción ninguna y quisiera decirles, unido al Papa Francisco, que mi corazón está abierto de par en par para ejercer mi sacerdocio cien por cien para darle la mano y atender al que desee encontrarse o reencontrarse con Dios.

Como sacerdote deseo la libertad de todos y la felicidad de cada uno. Los tengo a todos y a sus familias en mis oraciones de todos los días.

Con mucho cariño los bendice

Manuel

Este libro se terminó de imprimir el 26
de junio 2015, Fiesta de San Josemaría
Escrivá de Balaguer, en los talleres gráficos
de Editorial Palabra E.I.R.L.

